



XLII Certamen Literario Brunca

Universidad Nacional de Costa Rica, Sede Regional Brunca

Compiladores: Joseph Montenegro Bonilla
María José Hernández Rivera

XLII Certamen Literario Brunca 2025

Compiladores
Joseph Montenegro Bonilla
María José Hernández Rivera

860.44
M777c

Montenegro Bonilla, Joseph;
Hernández Rivera, María José, compiladores,
XLII Certamen Literario Brunca, 2025
Editorial Nacimiento - 1ª ed. Pérez Zeledón, C. R., 2025
172p. : 21 X 13,5 cm.

ISBN: 978-9930-642-56-6

1. LITERATURA COSTARRICENSE 2. LITERATURA
I. Autor II. Título

Imagen de portada: Karla Guadalupe Hidalgo Chinchilla
Revisión filológica: Ariel Hidalgo Brenes
Editorial Nacimiento.
Diagramación: Vanessa Alvarado Calderón

Reservados todos los derechos.
Prohibida la reproducción no autorizada por cualquier medio,
mecánico o electrónico del contenido total o parcial de esta
publicación.

Ganadores de I Concurso Regional Juvenil de Poesía y Cuento

Poesía Infantil

Nombre: Quesada Hernández Mackensy

Título de la obra: Mi Hermosa Comunidad

Cuento Infantil

Nombre: Dávila Núñez Celeste Daniela

Título de la obra: Las Costumbres del “Doctor Sana Sana”

Poesía Juvenil

Nombre: Valverde Vargas Kathleen Chenoa

Título de la obra: Tierra sin precio

Cuento Juvenil

Nombre: Salazar Quirón María Nazareth

Título de la obra: Mi Comunidad y Nuestras Costumbres

Ganadores de XLII Certamen Literario Brunca

Modalidad Nacional

Cuento Nacional

Nombre: Gómez Leitón Guadalupe

Pseudónimo: G. G Leitón

Título de la obra: “Los ensalmos y los días y otros cuentos”

Mención Honorífica

No hay menciones honoríficas en esta categoría

Poesía Nacional

Nombre: Arauz Zamora Hazell

Pseudónimo: Bachelard

Título de la obra: “Memorias Anfibias”

Mención Honorífica

Primera mención (**Se reconoce pero no se publica la obra**)

Nombre: José Pablo Romero Barboza

Pseudónimo: Pekito

Título de la obra: “País de mi muerte”

Segunda Mención

Nombre: Jorhan José Chaverri Hernández

Pseudónimo: Niño de nadie

Título de la obra: “Alguna vez un niño”

Modalidad Regional

Cuento Regional

Nombre: Hillary Badilla Gómez

Pseudónimo: Eva Vargas

Título de la Obra: “La Coneja”

Mención Honorífica

No hay menciones honoríficas en esta categoría

Poesía Regional

Se declara desierto

Mención Honorífica

Nombre: Kevin Aguilar Calvo

Pseudónimo: K. Nox

Título de la Obra: “El niño, el lápiz y la tinta”

Concurso de Arte Visual

Nombre: Hidalgo Chinchilla Karla Guadalupe

Título de la obra: “En mis pensamientos”

Presentación

Por cuadragésima segunda vez, el Certamen Literario Brunca, se complace en presentar aquí las obras participantes que los diferentes jurados han elegido como las mejores del año. En este 2025, el Certamen, que es un proyecto de extensión de la Sede Regional Brunca de la Universidad Nacional, ha decidido continuar con su misión de promover la creación literaria en personas jóvenes, tanto en la Zona Sur como en el resto del país. Esta decisión obedece al interés particular que tiene esta institución educativa por fortalecer y fomentar el desarrollo de la cultura y las artes regionales, siempre desde una visión prospectiva, orientada hacia la formación y promoción de las nuevas generaciones.

El Certamen ha iniciado así un nuevo periodo de tres años de ejecución, durante el cual no solo continúa ofreciendo a personas escritoras jóvenes la posibilidad de medir su talento en una palestra especialmente diseñada para ellas, sino que también abre espacios diferenciados de aprendizaje y estimulación para niños, niñas y jóvenes de la Región Brunca. De esta manera, se han venido desarrollando talleres de escritura creativa en distintas escuelas y colegios de la Zona Sur, así como en los dos campus de la Universidad Nacional en esta región. Asimismo, en este 2025, se

llevó a cabo el Primer Concurso Regional Juvenil de Poesía y Cuento, dirigido a jóvenes entre los 10 y los 17 años, cuyas ganadoras también ven sus obras publicadas en este volumen. Igualmente, el Certamen continúa abriendo las puertas de la Universidad a personas autoras regionales, nacionales e internacionales que deseen compartir con nuestras comunidades por medio de foros, conversatorios, conferencias y otros espacios de interacción y aprendizaje.

Cuarenta y dos obras literarias participaron en esta edición 2025 del Certamen Literario Brunca. Las obras que recopilamos aquí son una muestra del talento literario que se forja en los cantones de la Región Brunca y más allá, y comprenden, entre premios y menciones honoríficas otorgadas por los jurados del Certamen, el trabajo de dos narradoras, dos poetas y una poetisa. Además, se incluyen los poemas y cuentos de las cuatro jóvenes que fueron galardonadas como resultado del concurso juvenil. Por otra parte, aparecen las actas de los diferentes jurados del Certamen, que son tribunales compuestos por personas escritoras, filólogas y académicas de la lengua, tanto de la Universidad de Costa Rica como de la Universidad Nacional, y provienen de diversos rincones del territorio nacional. Ellos y ellas, para quienes nuestro agradecimiento es infinito,

realizan una labor voluntaria de altísimo nivel, la cual asumen con gran esmero y compromiso. Por último, el arte que adorna la portada de esta edición fue escogido de entre treinta y cuatro obras participantes; lleva por título “En mis pensamientos” y creemos que ilustra perfectamente la imaginación y la fuerza creativa que impulsan el arte, las letras y la cultura de nuestra región.

Frente a un futuro incierto para las artes y la creatividad, en el cual las inteligencias artificiales se presentan como poderosos motores de progreso pero también como amenazas reales, el Certamen Literario Brunca asume una posición de guía y motivación para nuevas personas escritoras que deseen desarrollar sus talentos y explorar las posibilidades de expresión y realización que la literatura y la creación literaria les ofrecen. Estamos conscientes de que los escenarios de competición en este campo, tanto a nivel nacional como internacional, son vulnerables a la corrupción y a las prácticas deshonestas que resultan no solo de un uso liviano de la tecnología sino también del vicio humano. Ante este panorama, el Certamen Literario Brunca se compromete a mantenerse vigilante de los procesos que lleva a cabo año con año, y reafirma su compromiso con la rigurosidad y la transparencia que siempre lo han caracterizado y que lo han llevado a posicionarse como uno de los concursos literarios

más prestigiosos del país. Con todo, nuestro enfoque sigue siendo el realce y celebración de la palabra creativa, en especial de la palabra naciente y auténtica, pronunciada por las voces jóvenes de nuestras comunidades y de nuestra nación.

Joe Montenegro Bonilla

I Concurso Regional
Juvenil de Poesía y Cuento

Poesía Infantil

Primer lugar

Mackensy Quesada Hernández (10 años)

Mi Hermosa Comunidad

Mi hermosa comunidad

¡Cuánta ilusión hay en mi comunidad!
Juegos, bromas y mucha felicidad.
Anécdotas rodeadas de alegría
Y cuando pienso en eso, mejora el día.

Tanta gente humilde y servicial
Hace que cada calle se vuelva especial.
Siempre hay tiempo para saludar a los vecinos con una
sonrisa,
Aunque el paso que llevamos sea muy de prisa.

Las mejengas adornan la plaza,
Las reuniones familiares en las casas.
Ferias y turnos se convierten en reencuentros
De muchas personas, de ellas cientos.

Mi comunidad es verde, chiquitita.
También es acogedora y bonita.
Cuando salgo de ella, solo espero regresar
Para estar en mi patio y poder disfrutar.

Mirar las montañas y las aves pasar
Me recuerda que a Dios debo las gracias dar.
Aquí creceré, entre costumbres y tradiciones,
Y crearé muchos recuerdos llenos de emociones.

Poesía Juvenil

Primer lugar

Kathleen Chenoa Valverde Vargas

Tierra sin precio

Tierra sin precio

Costa Rica, piel verde entre dos mares,
cántaro de niebla, canto de jaguares.

Tu nombre es susurro en lengua de ancestros,
tu alma, un volcán que aprendió a esperar.

Te vendieron con sonrisas y postales,
te partieron en parcelas de cristales.
Los hijos del sol, los nietos del viento,
hoy miran sus casas al borde de los mares
ser compradas, blanqueadas, borradas
por manos que nunca aprendieron a sembrar.

¿Dónde quedó el aroma del café temprano,
el grito del gallo, la sal del fogón?
Hoy suena en inglés la voz del mercado
y se alza un condominio donde hubo canción.

El río que suena ya no es espejo,
ahora no cuenta con aliento
porque han marchitado sus aguas
y ensuciado su historia,

la que me contaba mi viejo
cuando su abuelito respiraba aire libre.

Pero ahora nuestra casa es tierra ajena.
El alma de un pueblo no se vende al viento,
no se embotella, no se sube a Airbnb.

¡Oh, tierra bendita! Tu piel no es mapa
que fácil se traza;
es selva, montaña, grito sabanero que no calla.
Tu historia no acaba con el precio del sol.

Quien quiera venir, que lo haga,
pero sin destruirte;
que se quite los calzados
para así honrar tu caro dolor.

Cuento Infantil

Primer lugar

Celeste Daniela Dávila Núñez (9 años)

Las costumbres del Doctor “Sana Sana”

Las costumbres del Doctor “Sana Sana”

Había una vez un pueblo pequeño, ubicado lejos de la ciudad, donde tenían una gran costumbre al curar. Allí vivía un señor que se llamaba Pompier. Era doctor, y sanaba con el “Sana, sana, culito de rana”. Tenía una esposa que se llamaba Anabel. Ella nació en el Cantón de Corredores, mientras que el doctor nació en el cantón de San Isidro de El General. Son muy diferentes las costumbres que hay en esos dos lugares.

Un día llegó una muchacha atacada de risa a la casa del doctor, ella se reía tanto que no podía parar, y hasta estaba toda sonrojada. Visitó al doctor para obtener sanación, entonces el Doctor Pompier hizo lo que tenía que hacer y la curó muy rápido. Después, ella se fue para su casa, y a partir de ese momento le contó a todo el mundo lo increíble que era ese doctor para sanar a las personas, y por supuesto que se hizo muy famoso.

Otro día llegó una mujer desde el cantón de Corredores, donde vivía su esposa anteriormente. La señora llevaba una canasta de tanelas rellenas de queso y también rosquillas. Él decía: “¡Qué raro! ¿Por qué viene en Semana Santa y no trae atunes y sardinas?” Entonces la señora le dijo: “Acá

te traigo este regalo de Semana Santa, pero a cambio necesito que me cures, ya que ando un poco ronca y casi no me sale la voz y me duele la espalda”. Seguidamente, el Doctor Pompier le sugirió que en Semana Santa la costumbre es comer atunes y sardinas, así que ella le explicó que en el cantón de Corredores comen rosquillas, tanelas, empanaditas de queso o miel de chiverre y, aparte de esto, pan casero. El doctor le indicó que se las dejara y él las probaría más tarde.

Luego de esto, el doctor curó a la señora con su mágica fórmula: le puso la mano en la cabeza y le dijo el “Sana, sana, culito de rana. Si no sanas hoy, sanarás mañana”, así que ella se fue feliz, contándole a todo el mundo que el Doctor Pompier cura todo. Ahí fue donde el doctor aprendió que en muchos lugares hay diversas costumbres de todo tipo. Las costumbres son algo que diferencian un lugar de otro y todas las personas de un lugar las practican. Y mientras en Semana Santa unos comen rosquillas, otros comen pescado, y colorín colorado este cuento se ha terminado.

Cuento Juvenil

Primer lugar

María Nazareth Salazar Quirón (13 años)

Mi comunidad y nuestras costumbres

Mi comunidad y nuestras costumbres

Había una vez una comunidad escondida entre montañas verdes, ríos de aguas cristalinas y campos de flores que bailaban con el viento. Allí vivían personas alegres, familias trabajadoras y niños curiosos. En el corazón de aquel lugar, había un árbol de cedro enorme y sabio, conocido por todos como el Árbol de las Garzas.

Cada tarde, decenas de garzas blancas volaban desde distintos rincones para posarse sobre sus ramas. Era su costumbre de siempre reunirse, compartir y descansar después del día. Pero no eran las únicas con esa costumbre. En esa comunidad también existían tradiciones muy queridas: saludar con abrazos calurosos, cocinar tamales los fines de semana, escuchar cuentos de los abuelos al caer la noche, y organizar juegos en la plaza cada tarde.

Las personas decían que las costumbres eran como raíces: si son buenas, hacen crecer fuerte a la comunidad. Pero no todas las costumbres que vivían allí eran buenas.

En la escuela del pueblo, una frase comenzó a repetirse como si fuera ley: “El que se mete aguanta.”

Esa frase se escuchaba cuando alguien pedía ayuda, cuando un niño sufría una injusticia, o cuando se intentaba corregir

algo incorrecto. Aunque no lo decían los abuelos, ni los sabios, ni los libros, muchos la repetían sin pensar, y con el tiempo, la escuela dejó de sentirse como un lugar de respeto.

Un niño que vivía cerca del río solía caminar solo hasta el Árbol de las Garzas. Sentado bajo sus ramas, observaba cómo las aves se saludaban con gracia, cómo compartían el espacio sin pelear, cómo se cuidaban unas a otras. ¿Por qué los humanos no podían hacer lo mismo? —se preguntaba.

Una tarde, mientras el niño pensaba en silencio, una garza bajó del árbol y se posó cerca de él.

—Las costumbres de una comunidad deben sembrar amor, no miedo —dijo el ave con voz suave—. Ustedes pueden cambiar esa frase por algo que los haga florecer.

—¿Pero cómo? —preguntó el niño.

—Recordando lo que realmente los hace una comunidad: el respeto, la ayuda, la gratitud, el perdón.

Inspirado por las palabras de la garza, el niño decidió hablar con sus compañeros. Al principio, se rieron. Pero cuando la garza apareció en la puerta del aula con sus alas abiertas, todos guardaron silencio. La siguieron hasta el árbol, donde otras cien garzas formaron en el cielo una palabra brillante: PERDÓN.

Allí, frente al río, cada niño vio reflejada su historia. Algunos vieron burlas; otros, soledad. Pero también vieron

cómo, al perdonar y pedir perdón, el agua del río se volvía clara de nuevo, y el corazón se aligeraba.

Desde aquel día, los niños regresaron diferentes. Empezaron a decir: “Sembremos esperanza, vivamos en paz, somos importantes.” Y dejaron de repetir palabras que herían.

A partir de entonces, en esa comunidad, se celebra cada año el Día del Árbol de las Garzas, donde todos se reúnen para recordar las verdaderas costumbres: escuchar con respeto, compartir con amor, agradecer con alegría, perdonar con el corazón, porque las mejores costumbres de una comunidad son las que nacen del alma y se siembran entre todos.

XLII Certamen
Literario Brunca

Poesía Regional

Acta de resolución de jurado

XLII Edición Certamen Literario Brunca 2025

Categoría: Poesía

Modalidad: Regional

El día jueves 2 de octubre del 2025 se reunió y deliberó el jurado de la XLII edición del Certamen Literario Brunca 2025, para el género de poesía en la modalidad regional, el cual, estuvo conformado por Miguel Ángel Castro Guevara, Julia Hernández Hernández y José Noé Calvo Calvo. Luego de examinar minuciosamente las obras participantes, el jurado conviene en lo siguiente:

1. Declarar el certamen desierto, debido a la falta de elementos propios del género Poesía, como lo son: el manejo del lenguaje e imágenes poéticas, la economía del lenguaje, la sugerencia, el ritmo y la musicalidad y la coherencia de idea emotiva central, finalmente la claridad del mensaje. Por otro lado, se encontró el uso indiscriminado del verso libre y la técnica del rompimiento del verso sin tomar en cuenta la imagen, la presencia de muchos lugares comunes, que vienen a diluir las reglas propias de la poesía.

2. No obstante, se otorga una MENCIÓN HONORÍFICA en honor al espíritu y los principios filosóficos que

enmarcan la existencia de este certamen, a la obra titulada *El niño, el lápiz y la tinta*, presentada bajo el seudónimo de Alias: K. Nox. Este poema es merecedor de la mención de honor, por su cohesión conceptual, ritmo memorable y cierta madurez lírica, presentes en el manejo de la originalidad, en la metáfora central sobre la que descansa su obra, el paso de la niñez a la madurez— en una metáfora potente y sostenida: el contraste entre el lápiz (niñez, borrador, olvido, duda, juego) y la tinta/bolígrafo (madurez, permanencia, destino, certeza, oficio). Explorando el “error” no como fracaso, sino como “parte de historia”, “mancha que no resta belleza”, “verdad que condena” y “lección”. Que, a pesar de su extensión, el poema mantiene una cadencia rítmica y un diálogo filosófico.

Esta acta se encuentra validada por las firmas de todos los miembros del jurado o, en caso de no ser posible el registro de todas ellas, por la firma de al menos un miembro, siempre y cuando el envío del documento se haga también a los miembros no firmantes.

Concluida la labor encomendada por la Sede Regional Brunca de la Universidad Nacional, cerramos esta acta y firmamos:

Miguel Ángel Castro Guevara / Julia Hernández Hernández

Primer lugar

Se declara desierto

Mención honorífica

Nombre: Kevin Aguilar Calvo

El niño, el lápiz y la tinta

El niño, el lápiz y la tinta

Cuando un niño crece, la mano vacila,
el lápiz se apaga, la tinta vigila.

Un nuevo instrumento reclama su nombre,
la página aguarda el destino del hombre.
El lápiz borraba su error con clemencia,
la tinta perdura con fiel transparencia.
En cada palabra que el niño imagina,
la vida se escribe, la sombra destina.

El lápiz fue juego, dibujo y borrón,
ensayo del alma, inocente canción.
Pero la memoria exige otra forma,
la tinta no olvida, la huella transforma.
En la goma hallaba consuelo ligero,
borrando pecados de un mundo sincero.
Ahora la mancha se queda en la hoja
y el niño descubre que todo se aloja.

Cada trazo firme reclama su peso,
no hay vuelta posible, no hay limpio regreso.
La tinta declara lo escrito en la arena,

palabra que queda, verdad que condena.
Y aprende el pequeño, con leve temblor,
que crecer es siempre aceptar el error,
que la mancha oscura no resta belleza,
sino que confiesa la humana certeza.

En la tinta arde el reflejo callado,
espejo del tiempo, secreto cifrado.
El niño imagina que escribe un destino
y Borges susurra: “No hay fin en el camino”.
El bolígrafo guía su pulso sereno,
lo que fue borrable se torna en terreno
y aprende que toda palabra fijada
enciende una vida, aunque esté olvidada.

El lápiz cedía a la mano insegura,
borrando su sombra, borrando su duda.
La tinta reclama certeza y memoria,
convierte la herida en parte de historia.
No hay regreso fácil ni página blanca,
la vida se afirma en la letra que arranca.
El niño lo siente, su pulso lo dice,
la tinta transforma derrota en oficio.

Cada letra escrita contiene un reflejo,
un nombre secreto, un vasto consejo.
La tinta se vuelve camino y frontera,
el niño descubre que todo se queda.
Ya no es borrador la existencia primera,
es cifra de sombras, palabra sincera.
La goma era olvido, promesa ligera,
la tinta es destino que nunca se altera.

Crecer es saber que la huella persiste,
que no hay nueva página donde se asiste.
Errar es un arte, perder es un canto,
la tinta lo guarda con pulso tan manso.
El niño madura en cada oración,
comprende que todo se escribe en canción.
Y Borges le dice en un eco profundo:
“Lo escrito en tu mano ya escribe tu mundo”.

Así se dibuja sendero y sendero,
la tinta es destino, su eco certero.
El lápiz soñaba con cielos de espuma,
el bolígrafo guarda lo eterno en la bruma.
Crecer es saber que el error no se borra,
que el fallo ilumina, que el tiempo lo nombra.

La tinta es un mapa que nunca regresa
y en cada palabra madura la pieza.

El niño sonrío, comprende el misterio,
que el trazo es un pacto con aire sincero,
que todo se escribe sin vuelta ni excusa,
que el alma se afirma aunque esté confusa.
El lápiz cedió su lugar con tristeza,
la tinta proclama madura certeza.
Así la niñez se despide en silencio
y el niño se enfrenta al destino inmenso.

No tiembla su mano, aunque teme el error,
pues sabe que a veces errar da fulgor.
El trazo imperfecto no pide perdón,
enciende en su mancha profunda lección.
La tinta reclama valor y constancia,
el niño descubre la forma en la estancia.
No es solo palabra lo que allí se fija,
es tiempo, es destino, es cifra que rige.

La hoja se vuelve reflejo del ser,
espejo que dice lo que ha de crecer.
El niño contempla su nombre grabado

y entiende que todo está ya señalado.
El lápiz borraba la duda y la herida,
la tinta la asume y la vuelve vida.
No hay fuga posible, no hay vuelta ligera,
el error se torna palabra sincera.

Borges murmura: “La tinta es un río,
lo escrito en su cauce jamás tiene frío.
El lápiz engaña con sombra fugaz,
la tinta asegura memoria tenaz”.
Así lo comprende la mente inocente,
que al crecer descubre lo intransparente.
El niño se mira en la letra escrita
y entiende que el tiempo también lo habita.

Con cada palabra su ser se prolonga,
la tinta lo guarda, lo nombra, lo asombra.
El lápiz jugaba, borraba su historia,
la tinta reclama justicia y memoria.
Crecer es saber que lo dicho perdura,
que el verbo nos ata con fuerza segura.
El niño lo acepta, su trazo confirma,
que todo en la vida la tinta lo firma.

Y ya no es un juego, ni trazo ligero,
escribir es acto de un ser verdadero.
La tinta dibuja caminos cerrados,
pasillos de espejos, reflejos cruzados.
El lápiz cedía al borrón sencillo,
el bolígrafo exige valor y brillo.
El niño lo entiende: crecer es confiar,
que toda palabra nos vuelve un lugar.

El cuaderno aguarda su mano callada,
palabra tras palabra, jornada tras jornada.
Ninguna se borra, ninguna se oculta,
la tinta proclama la vida absoluta.
Cuando un niño crece, lo sabe el destino,
su error es un puente, su trazo un camino.
Y Borges sonrío desde su reflejo,
pues sabe que el niño ha escrito su espejo.

El niño comprende que escribir es destino,
que cada palabra lo traza en su camino.
No hay vuelta posible, no hay página en blanco,
la tinta asegura que el tiempo es su banco.
La vida lo llama con voces antiguas,
el eco resuena en verdades ambiguas.

La página entera se enciende y lo nombra,
su mano madura, su duda se asombra.

La tinta es un puente de sombra y de luz,
que al hombre lo ata y le ofrece su cruz.
El lápiz callaba, borraba la herida,
la tinta confiesa que errar es la vida.
El niño ya sabe que todo es espejo,
que cada palabra devuelve un reflejo,
que el mundo se escribe en la hoja sencilla,
con letras de bronce, con voz que destella.

La infancia se esconde tras juegos de humo,
la tinta reclama destino y consumo.
El tiempo vigila su mano pequeña,
la sombra lo sigue, la tinta lo enseña.
Errar es humano, lo dijo el pasado,
la tinta transforma lo mal dibujado.
El niño lo acepta, respira tranquilo,
la mancha se vuelve verdad en su filo.

En cada palabra descansa un misterio,
que Borges sabía desde su cauterio.
El niño lo escribe sin plena conciencia,

la tinta revela que todo es presencia.
La hoja es un río que nunca se apaga,
la tinta lo nombra, la tinta lo embriaga.
El lápiz cedía su reino a la bruma,
la tinta perdura, memoria que suma.

Y siente en su mano temblar la balanza,
la vida reclama madura esperanza.
La tinta no borra, no ofrece perdón,
pero en su condena hay también redención.
Así se construye el adulto en su viaje,
palabra por palabra, paisaje tras paisaje.
El lápiz se esconde, el juego termina,
la tinta declara la senda divina.

El niño se asombra de todo su trazo,
descubre que el mundo lo guarda en su abrazo,
que nada se pierde, que todo se queda,
que el error se escribe, que el alma lo hereda.
No hay hoja vacía, no hay vuelta ligera,
la tinta es espejo de toda carrera.
Y Borges murmura en un eco discreto:
“Lo escrito en tu mano será lo completo”.

El niño ya siente que el mundo lo mira,
que todo lo escrito al final lo respira,
que crecer es simple y, a veces, dolor,
mas todo se escribe con tinta y candor.
El lápiz soñaba con cielos de espuma,
la tinta se queda más honda que bruma.
En ella descansa memoria y verdad,
en ella madura la misma piedad.

Y el niño camina con hoja en la mano,
descubre que el tiempo no es nunca lejano,
que todo lo escrito lo sigue de cerca,
que cada palabra su vida refuerza.
Errar y acertar ya son lo mismo,
la tinta transforma fracaso en abismo.
El niño lo entiende, respira y sonrío,
la página entera lo abraza y lo guía.

El lápiz callado recuerda su juego,
mas sabe que el niño se enciende en su fuego,
que el tiempo reclama su trazo más firme,
que el hombre en la tinta ya sabe escribirse.
Y Borges contempla la escena en silencio,
su voz es un río, su eco es un templo.

La tinta es un pacto de sombra y de luz,
que al hombre lo eleva y le da su cruz.

El niño no tiembla, su mano madura,
la tinta lo guía, la hoja perdura.

No hay duda que escape, no hay vuelta a la nada,
la tinta es su herencia, palabra sagrada.

En cada cuaderno descansa su historia,
la tinta la guarda con fiel memoria.

El lápiz cedía a borrón y consuelo,
la tinta declara destino y desvelo.

Crecer es saber que el error es maestro,
que en toda mancha se esconde un ancestro.

El niño lo entiende, sonrío al azar,
pues todo se escribe sin miedo a borrar.

El mundo lo llama, la página espera,
la tinta responde con voz verdadera.

El lápiz cedía a lo efímero y leve,
la tinta pronuncia lo eterno que llueve.

Errar es humano, crecer es seguir,
la tinta no borra, pero hace vivir.

El niño camina con pluma en la mano,
la vida se escribe en su trazo temprano.

No hay vuelta al pasado, no hay goma piadosa,
la tinta reclama su marca preciosa.

Y Borges murmura: “El error es camino,
la mancha es un signo que forja destino”.

El niño lo escucha, sonrío en su andar,
la tinta lo nombra, lo sabe nombrar.

El lápiz ya duerme en cajón olvidado,
la tinta reclama su reino sagrado.

Así lo comprende la mente que crece,
que todo lo escrito jamás se desvanece,
que cada palabra es piedra en el río,
que marca su cauce y jamás tiene frío.

Errar ya no duele, la mancha consuela,
la tinta proclama verdad que revela.

El niño lo escribe sin miedo a fallar,
que todo en la vida se puede aceptar.

Y Borges sonrío, su voz lo acompaña,
la tinta es reflejo, la vida se baña.

El lápiz callado recuerda la infancia,
la tinta reclama madura constancia.

El niño no teme su error en la hoja,

la tinta lo guarda, la tinta lo aloja,
que nada se pierde, que todo se queda,
que incluso el fracaso memoria conceda.
La vida es un libro sin páginas limpias,
la tinta lo afirma en huellas distintas.
El niño lo sabe, su trazo lo guía,
la tinta lo eleva con voz de poesía.

Ya no hay regreso, ya no hay borrador,
la tinta reclama su peso mayor.
Crecer es saber que lo escrito persiste,
que el error también en la página existe.
El niño sonríe, su trazo madura,
la tinta lo guarda con voz que perdura.
Y Borges contempla su historia trazada,
palabra por palabra, jornada tras jornada.

El lápiz se esconde en la bruma del juego,
la tinta declara lo eterno y lo ciego.
El niño ya sabe que el mundo es palabra,
que todo lo escrito su ser lo desata.
Errar es un canto, borrar es un sueño,
la tinta lo guarda con pulso pequeño.
Y al fin lo comprende con voz que enamora,

que todo se escribe aunque duela la hora.

Así se consume el destino mayor,
el niño madura con tinta y candor.
El lápiz descansa, la infancia se esconde,
la tinta lo guía, su vida responde.
En cada palabra la historia persiste,
en cada fracaso el alma resiste.
Y Borges sentencia en su voz sin error:
“La mancha es memoria, la tinta es candor”.

El niño camina con hoja infinita,
la vida lo sigue, la tinta lo habita,
que nada se borra, que todo es reflejo,
que incluso el fracaso regresa en el tiempo
y así comprendemos lo humano profundo,
que el error no pesa, que enciende este mundo,
que crecer es simple y también doloroso,
mas todo se escribe en destino hermoso.

El lápiz cedía al borrón ligero,
la tinta reclama un pacto sincero.
El niño lo sabe, respira y sonrío,
la tinta lo guarda, lo nombra, lo guía.

Errar ya no asusta, borrar ya no existe,
la tinta proclama lo que siempre insiste.
Y Borges se inclina con voz de maestro,
la vida se escribe con cada gesto.

El niño madura, su trazo persiste,
el mundo se enciende, su hoja resiste.
Ya no hay diferencia entre fallo y acierto,
la tinta declara que todo es cierto.
La infancia se apaga, la página canta,
la tinta proclama verdad que levanta
y al fin lo comprendemos con claro fervor:
“Cuando un niño crece, el lápiz se reemplaza por un
bolígrafo
solo para mostrarle que ahora los errores no son tan difí-
ciles de borrar”.

Poesía Nacional

Acta de resolución de jurado

XLII Edición Certamen Literario Brunca 2025

Categoría: Poesía

Modalidad: Nacional

El día viernes 3 de Octubre de 2025 se reunió y deliberó el jurado de la XLII edición del Certamen Literario Brunca 2025, para el género de poesía en la modalidad nacional, el cual, estuvo conformado por Silvia Elena Guzmán Sierra, cédula 1-1466-0060, Susana Monge Alvarado, cédula 1-1217-0704, y Edwart Ureña Bonilla, cédula 1-0804-0426. Luego de examinar minuciosamente las obras participantes, el jurado conviene en lo siguiente:

1. Otorgar el PRIMER LUGAR a la obra titulada *Memorias Anfibias*, presentada bajo el seudónimo de Bachelard. Se ha seleccionado esta obra como ganadora por la complejidad y belleza de sus metáforas, las cuales logran construir imágenes de gran potencia estética y simbólica. Se relata la cohesión interna del poemario pues cada poema se articula de una manera orgánica y sostenida. Se reconoce también la influencia cultural de la que parte la escritura, ampliando el horizonte de la poesía costarricense al integrar

memorias sociales, colectivas y territoriales con una lírica de complejidad estética.

2. Otorgar una MENCIÓN HONORÍFICA a la obra titulada País de mi muerte, presentada bajo el seudónimo de Pekito. Esta obra se distingue por su originalidad, así como por la complejidad y profundidad de sus poemas. El texto transita entre lo íntimo y lo existencial con una voz irónica que combina memoria y una reflexión profunda sobre la identidad. Su fuerza también deviene del lenguaje contemporáneo que dialoga con lo tradicional y lo transforma.

3. (Otorgar una MENCIÓN HONORÍFICA a la obra titulada Alguna vez un niño, presentada bajo el seudónimo de Niño de Nadie. Reconocemos esta obra por la sensibilidad y estética con que aborda un tema poco explorado en la poesía costarricense: la niñez atravesada por la marginalidad, la violencia y la soledad. El yo lírico es sincero y libre de pretensiones o revictimización. La obra es conmovedora por su honestidad desgarradora y la manera en que logra convertir la crudeza de la experiencia en poesía.

Esta acta se encuentra validada por el acuerdo de todos los miembros del jurado y sus respectivas firmas o, en caso de no ser posible el registro de todas ellas, por la firma de al menos un miembro, siempre y cuando el envío del documento se haga también a los miembros no firmantes.

Concluida la labor encomendada por la Sede Regional
Brunca de la Universidad Nacional, cerramos esta acta y
firmamos:

Silvia Elena Guzmán Sierra / Susana Monge Alvarado
/Edwart Ureña Bonilla

Primer lugar

Nombre: Hazell Arauz Zamora

Memorias anfibias

Yo, la segunda

Afuera de las líneas
contengo a mis madres
elijo mi nombre y lo pronuncio
sin pausas, sin deletreos.

Afuera de las líneas
soy oblicua.
Formo vértices que sostienen
el jadeo astral.
El espíritu aquí traza
los reflejos imperfectos
de todas mis terminaciones
nerviosas.

Fecundo el norte y el sur
sin arquetipos mundanos,
sin injertos dolorosos
sin nostalgia que diga:
arraigo y desarraigo.

Desde la región áurica,
soy la segunda hija.

Mi lengua materna
aún es un pecho seco
que promete no alimentarme,
pero esa es la señal
y entonces
me despido del paraíso.

El instante

es una calle que nos vio de reojo
una calle con puertas abiertas
que dejaron pasar la risa
— un lenguaje casi extinto —.

Éramos niños y no lo sabíamos.
Inventábamos el cielo.
Constelaciones nos cabían
en la yema de los dedos.
Danzábamos bajo la lluvia
sin buscar respuestas
y nuestros cuerpos
siempre olían a tierra mojada.

El tiempo era un símbolo
con el que incendiábamos
la noche entumecida por la bruma.

Éramos niños y no lo sabíamos.
El viento helado nos lavaba la cara.
Le cantamos al fruto

desde la copa del árbol,
porque la muerte
era solo una cosa de adultos.

Crecimos y la calle
se hizo más angosta.
Ahora empoza los sueños
que serán fulminados
por el caluroso mediodía.

Alguna vez

Una sola semilla
nos germinó en el pecho,
nos contuvo y crecimos
enraizados hasta la médula.

Pero quisimos domesticar
el origen
en verdocidades estéticas
y sonorismos artificiales.
En cabezas espumosas
que ahora se yerguen
hacia el firmamento
con los ojos estériles
y al atisbo
de cualquier estela
que los haga volver al centro
al primer cielo,
a la verde lengua.

Pliegues de cegueras cultivadas
eso somos.
Sobre lo invisible
volvemos a construir otra casa.

A Ofelia, Rubén y Juanita.

2 de mayo de 2025.

Cuarzo

Pequeñas tenazas
nos hilvanan al cielo
y nos cosen nuestra piel enrojecida.

El cuerpo es un oleaje suave
que sube iluminado por venus.

Cantamos La Martiniana, ay, mamá.
Imploramos el don incendiario:
¡Oh, Prometeo, calienta las formas!,
para que sean absorbidas
por las raíces sílicientes de la luna
mientras las piedras menguan
nuestros silencios y nos asumen
felizmente incompletos.

Solo esta vez que la belleza
sea un estado natural.

*Después de todo un gorrion
me canta entre las manos.*

Vivian Cruz

Pliegues

La bruma parió mis manos.
El frío acunó cada uno de sus pliegues.
Nunca se habían visto,
unas manos tan vacías al nacer.

Aunque ayunaron en el festín
y aprendieron a cubrirlo todo
con un manto mojado en furia
tenían un mal hábito de supervivencia.

Trazaron el esbelto cuerpo montuno
descansaron en la hojarasca
encendieron fogones matutinos
y tocaron silencios carnosos.

Las llene de ríos.

Han dibujado islas.

Han apalabrado su canto ocarinoso
mientras cavan en la sal
para sembrar animales nocturnos.

Nadie ha besado estas manos.

Es necesario

Sumergir la desnudez
en la aridez encendida
por el sol leonense.

Metabolizar las ganas
de sucumbir al ensueño
a las secuencias
dibujadas en la lumbre,
por el callo del talón engrosado
hacia una solidez casi acústica.

En su geografía
hay un lenguaje ciego
que se resiste al peregrinaje.

Peregrinar es saberse mineral.

23 de mayo

La casa insiste en habitarme.
Recorrer mis espacios inconscientes,
abejorros dormidos
que trazan el límite de lo habitable.

Llueve dentro de la casa,
agua tibia se desborda
por las puertas y ventanas.
Agua que desea acurrucarme.

La casa me llama por un nombre.
Quiere albergarme
en sus laberintos subterráneos,
pero respeta jerarquías.
Evocaciones que reprimen
cualquier descripción.

La casa se ha vuelto ser,
una extensión primitiva y
vertical de otras moradas.
En su osamenta arquitectónica
se diseñan miedos específicos.

Todo lo que se nombra
se vuelve físico.

Cada soledad ha sido
cuidadosamente compactada
en su muralidad arcillosa.

Ella cree que es materna
por sus memorias anfibias
y por sus noches condensadas
en el tiempo.

Desde afuera,

Yo

finjo reposar en la caída.

Luna creciente de 11 de marzo

Algunos sonidos
no tienen nombre
son aquelarres luminosos
que columpian al niño.
Él no crecerá en esta luna.
Cuenta hormigas arenosas
dejadas por las brujas.

El niño sabe que lo sueñan
por la sequedad nocturna
que le embiste los labios y las manos.

Mentiras tibias nacen en sus párpados
como soledades que no se anuncian.

Natal

El grito siempre será
la primera palabra.
El llamado agudo.
El primer atisbo orgánico
que hace reconocernos
como sustancia.

El grito es herencia.

¿Cuántas veces
le hemos dado muerte
a la palabra?
Pero hablo de una muerte justa
que la haga transitar
desde su sonido
para que pueda fracturar
el límite solidificado
y así despliegue la carne
que necesita volver a ser
oráculo
umbral

y no la falsa forma
en la que la hemos moldeado.

El grito es líquido.

Hay una sonoridad acuosa
que exige espacio y movimiento.
Un estallido húmedo del cuerpo
que se desborda
ante la polvosidad nombrada
ante el orden que no se asimila
porque la piel se seca.

Lo más nuestro no nombra,
rasga.
Aumenta el volumen del cuerpo.
Incomoda.

Digo soledad

Por no decir tiempo,
por no decir
que mis venas son humedales,
raíces que crecen bajo el agua
pero que rozan la sequía.

¿Es posible ser agua
y sed al mismo tiempo?

Mineral

El adiós es un vientre marino
es un bálsamo
que alivia toda herida
y purifica nuestra solidez.

Supe alguna vez
ser esa espuma,
ese tacto,
esa lluvia,
pero nunca quise ser
esa palabra.

La palabra es sólida
un cuerpo inmenso
y pesado.

Todo el hubiera.
Un oleaje golpeado
por la roca.

Estancia

La lluvia que aquí cae
es diferente.

Borra nombres.

Borra llantos pavimentados
y sombras heridas por el viento.

Borra la soledad de las manos
algunos cantos enjaulados
y alimenta bestias que se alojan
en la memoria.

La lluvia que aquí cae es diferente.

Destierra.

Costumbre

No he vuelto a decir
mis oraciones de memoria
palabras percutidas
que me traspasan el cráneo
esta jaula angosta
pulida por el tiempo.

No he vuelto a decir
mis oraciones de memoria.
A crucificar a Jesús cada noche
y a abrir alguna de sus heridas
para poder creer que mi alma
conservará esta memoria.
Para ver si mi nombre
está escrito en sus tendones,
este nombre que ahora es mío
y pretendo que así lo sea.
He memorizado tantas oraciones
palabras para alguien más.

Busco palabras

Que se conviertan en años
y las imagino dormidas
sobre las estrías
hundidas en mi mano.
De todo lo que nace,
el dolor es su cimiento.

Se escucha un quejido.
La noche presencia
el parto de algunas sílabas.

A Eduardo Duarte

Sal y horizonte

Seremos
bajo el ojo de la noche.
Una lengua azul que se eleva
en danzas cristalinas

Brotamos como los almendros,
tímidos desde el pecho.
Tanteando la arena mojada
donde caerán nuestras hojas
y donde oiremos cantar al fuego.
Él nos revelará el lugar
donde antes estuvimos,
a qué hemos venido,
quién nos ha llamado.

Cuando la hoja caiga
y se convierta en ese soplo
con el que besa las orillas marinas
un temblor nos abrirá la espalda salada.
Desistiremos a ser solo esta raíz.

Mención honorífica

Nombre: Jorhan José Chaverri Hernández

Alguna vez un niño

Dedicatoria

*A quienes han tenido que sostenerse con las manos temblorosas
y el corazón haciendo fila de madrugada, en medio del ruido.*

*A los que se quedaron cuando todo decía “huya”
y siguen existiendo a pesar de estar rotos.*

A los que sobreviven sin aplausos.

A los que no pudieron ser.

*A los desconocidos,
los invisibles.*

A mí.

Un niño duele

Es triste cuando un niño llora,
pero pobre el que ha perdido el llanto.
Ese niño de mirada sin aire,
esperando el abrazo de la silla y la mano abierta,
en recuerdo de la tarde y las monedas.

Cómo duele el quebranto sin lágrimas,
cuando se enredan el hambre y la soledad
en las sábanas que no cubren hasta el ombligo;
deshojar las pestañas, no por miedo,
sino por la espera de un recuerdo,
uno con la pierna y sin ruedas,
sin tubos y con cabello.

Un niño en la pared hiere
con sus centímetros de madera,
de aroma ausente, colgando sin sus padres
y sus ojos, apenas abiertos,
una foto anhelando movimiento.
Lastima un niño cuando busca en la basura
su cama, a su madre, a tanto milagro que lo ignora.

La ciudad desde el asfalto

Me recuerdo sentado en la acera de la ciudad,
había un olor a cerveza rancia
y una mujer vendiendo empanadas
con ojos color a viernes,
la misma que me despertaba con agua helada
para “apestar en otra esquina” decía.

¿Qué tan grande me quedó la calle?

Me movía entre vitrinas que reflejaban otro rostro,
esperando de alguna un abrigo,
ojalá con un pan en los bolsillos,
pero nada sabe el vidrio,
si no es detener el viento.

No es fácil entender, siendo niño,
que la ciudad te olvidó desde el asfalto.
Uno cree que el concreto es casa y los postes te vigilan,
pero te cansan los recreos sin merienda,
descubres que la luz no te alumbra
y las manos de cemento no calientan,

que en tu espalda no caben los aguaceros
y de nada sirve llorar si no te escuchan.

Es difícil crecer sin semáforo,
con solo la orina de un perro para calentar la noche,
escribir un poema sin metáforas,
porque así no se consigue una moneda.
Comen más las palomas en la Plaza de la Cultura
que un niño sin plumas, sin un zapato,
sin un paño para secar su llanto.

Me recuerdo sentado en la acera de la ciudad,
con las medias también huérfanas,
comiendo un arroz sin sabor a infancia
y bebiendo la costumbre de esperar,
no sé a quién, quizá a que el cielo me recuerde.

Ahora estoy acostado en la acera de la ciudad,
la misma de ayer, la de siempre,
pero ya sin frío.

Niño en fuga

Huyo desde que recuerdo al padre
que olvidó siempre mi cumpleaños,
de las esquinas donde venden promesas en polvo,
de la escoba de mi madre con la que barría mis piernas
y alguna vez su enojo sobre mi espalda,
de las sábanas de hospital con olor a diagnóstico
por el hambre entre los platos
y los sorbos de aire tan fríos sin café.

Huyo de todos, porque todos mienten,
de los poemas para que la poesía no se parezca a mí,
de quienes se alejan por mi hedor a desgracia
o por la ropa que no recuerda mi talla.

Huyo del silencio, porque ya no me encuentro.
Huyo para dejar de correr antes de que se acabe el pan.

Ojalá alguien me llame sin el grito de las migas,
con un banco nulo de preguntas
y una cama capaz de sanar los abrazos
desde un mundo sin palabras.

Cosecha de ausencias

A temprana edad me llamó la tierra
para saber si era semilla o epitafio.
No pude responderle por los gusanos en la lengua.

No logré ver el café llegar a flor,
las cabras se hicieron flacas
y no dieron leche una temporada.
Mi abuela, la siempre madre,
la que decía sin falta: “Dios sabe por qué hace las cosas”,
no alzó una palabra hasta su descanso.

Mi perro reclamó por días mi ausencia,
sentado bajo el árbol donde acariciaba su pecho,
con su juguete favorito,
por si regresaba en forma de lluvia, pero no llovió,
solo llegaron algunas moscas.

La casa siguió gruñendo con cada sombra,
como si negara la ida de mis pasos.
Uno a uno, dejaron de preguntar,
quizá aceptaron que algunos nombres
se apagan sin entierro.

Y yo, semilla sin siembra, espero algún invierno
donde el barro no entierre mi memoria.

Inventario de silencios

Debí haber dicho que:
el olor a basura me dolía;
el canto del gallo no llamaba al amanecer,
sino a los recuerdos de madrugada;
los clavos del armario guardaron tanto;
la camisa de iglesia perdió sus botones
cuando dejé la casa con la vergüenza bajo el brazo;
el arroz con atún no sabe igual sin sus peleas
y las sábanas se rompieron por tanto abrazo inventado.

Ahora mi lengua se dobla con sus nombres.
Solo debían decir que me amaban.

Los domingos también se oxidan

Quedé solo con mi abuelita,
en esta casa donde se oxidan los domingos
como los machetes sin zacate
y las camisas nunca más usadas,
porque se las llevaron puestas mis padres,
y la tierra oxida.

Es domingo,
los gallos ya no cantan a las cinco de la mañana,
porque saben que no hay quien viaje,
pero mi abuela se levanta igual,
con olor a leña, escucha la radio,
le reza al noticiero, por si acaso la fe,
y le pide a Dios que no lleguen visitas.

Yo me despierto con su llamado
de palmas y tortillas.
Siempre en la misma mesa,
con los mismos lunares en el mantel,
desayunamos soledades sin azúcar
y esperamos el mordisco

de la siguiente partida.

Los domingos se pudren, ella y yo los vemos morir,
con la tele de fondo y el vacío en el refri
como si todo estuviera igual.

Mi abue canta para la lluvia, para que algo suene
y me habla como si fuera él, mi papá,
a veces olvida que se fue con la camisa nueva
y no dijo para cuándo.

Yo cuento las moscas en el vaso,
me escapo al corredor
a escuchar si el viento trae nombres o sábados,
pero solo llega con polvo y una risa vieja
que no sé si fue alguna vez la mía,
la de un recuerdo, la de domingo.

Caridad

Cómo olvidar las manos
que se extendieron ante mi desgracia.
Fue frente al “chino”, un viernes sin sandalias.

Doña Marta puso unas monedas en mi vaso,
quizá llevaba prisa, lo sé por su mercado
que se le caía de las manos,
sus brazos parecían ramas cansadas
y yo, un suelo que recogió su descuido.

Juan me dio un billete con las uñas
para no ensuciarme,
seguro vio cómo me quitaba la grasa
con saliva y la camisa.

Don Marcos me tiró otros pesos en media calle.
¡Pobre señor, ya no tiene fuerza!
Se notaba la tristeza en su mirada,
cubría su boca para no reciclar los mosquitos.

Carlitos jugaba a no tener hambre,
era tan pobre, quizá como yo,
me ofreció una piedra envuelta en juego,
desde lejos, siempre solo,
por eso repetía su tiro, no distinguía la sangre
que se me agotaba por la frente.

Y Karlita tal vez sabía que me gustaba,
le daba vergüenza, fingía no verme,
quitaba la cara y apresuraba el paso.
Yo noté su saludo entre los dientes,
solo evitaba contagiarse de mis halagos.

Por eso dejé la casa, no por los maltratos
o el eco de las costillas,
tampoco porque el llanto es moneda de encierro
sino porque llorar en la calle es de todos.

Escape

Ya no escucho malos chistes,
la risa compañera en mi hombro
perforándome el cuello,
tampoco silbidos de almuerzo
por mi hueso de verduras sin caldo.

Se acabaron los amigos de sótano,
los de sus chicles en mi pantalón,
con mochilas de piedra y asco,
esas palmas de furia fresca
e insultos de letra grande.

Ya no contesto mi silencio detrás de la biblioteca
ni divierto el rostro en el fondo del patio.
Soy el secreto entre los árboles que nunca hablaron,
una voz que defiende, pero sin lengua,
el humo de valores, soy pregunta sin forma.

Ahora estoy en todos lados,
en el timbre del recreo,
sobre los muros que repiten el olvido,
en el pupitre vacío sin condena
y vestido de rojo en la lista,
fuera de la jaula de voces,
en algún recuerdo desde otro lado.

Capullo de niño

Cuando un niño se encierra en su capullo
no es para florecer, es para protegerse del viento
que sabe a manos sucias, para sangrar sin golpes,
para gritar cuando no encuentra oído
y todo queda ahí,
cuando ya no hay voz al otro lado:
lo no dicho, lo agrio,
todo lo oculto entre el pecho y la lengua.

Crece su culpa,
aumenta los tachones en el calendario.
Espera que el aire ya no sea su enemigo
y enreda su voz con el polvo
para alcanzar las miradas.
Y sigue esperando,
hasta que alguien escuche el crujido de su alma.

Eterno niño

Creces y te enteras
de que siempre cabías en una caja,
en unos cuantos *bytes*,
hasta que te olvidas de ser niño,
del hambre y botas la comida,
del frío y quemas el abrigo,
del dolor y esquivas,
de los brazos y rechazas.
Creces y te vuelves sombra,
buscas la caja,
encuentras el pecho casi marchito,
los miedos y el biberón,
un susurro tartamudeando tu nombre
y el tiempo en cenizas.

Te encierras,
te pones lo pañales, vuelves a río,
juegas de nuevo con la ignorancia,
se deshace el silencio,
vives pausas, sin nombre,
y el viento acaricia la memoria.
Creces y te enteras
de que sigues siendo un niño.

Deseos

Como quisiera un abrazo que no pida permiso
en algún domingo sin ansiedad,
escuchando una canción que me entienda.

Un plato caliente, un plato,
con respuestas frescas
y un silencio cómodo
en una cama sin piedras.

Olvidar la guerra,
huir de mí mismo como si fuera incendio
y recordarme completo, con mi otro brazo
y los veinte dedos de mi hermana.

Aprender a caminar.
Llorar por perder el juego
y no por el polvo en la garganta
ni por el gas que llena de noche mis ojos.

Llegar al lunes sin frío.
Un regaño por derramar el desayuno,

un apodo, una mentira,
un día libre sin preocupación por la muerte.
Un beso lleno de torpeza.

Ver el cielo despejado de explosiones,
el mar sin sangre,
un pájaro con todas sus plumas.

Ver a los vecinos sonreír
sin lágrimas por la ventana, vecinos.
Escribir un poema sin morir en el verso.

Respirar a mis padres,
encontrar a mi perro
y descansar en una caja con almohadas.

Nadie

Me levanté sin nombre,
con un número en la muñeca
y los pies atados para no regresar
a dónde fui alguien.

El cuerpo ya no es mío, pero no me deja,
sigue aquí, soportando lo que no merece,
camina sin preguntas,
su silencio perdió la forma de plegaria.

No hay espejo que me devuelva,
solo trabajo, como si el cuerpo fuera excusa.
Conté mil veces los huecos en el piso,
memoricé cada espacio y sus manchas.

Nadie imagina qué tan grande
es un cuarto de dos metros cuadrados
cuando te obligan de espalda,
de rodillas, infinitas veces
sin nombrar el llanto, los huesos fracturados,
hasta esperarte “viejo” para salir por esa única puerta,
roto de todos, libre de nadie,
con el eco de ninguna infancia.

Alguna vez un niño

Y fue aquel día, el de siempre,
cuando el olvido no me dedicó ni una línea,
desde entonces
no recuerdo si fui alguna vez un niño.

Cuento Regional

Acta de resolución de jurado

XLII Edición Certamen Literario Brunca 2025

Categoría: Cuento

Modalidad: Regional

Al ser hoy 29 de setiembre, del 2025 se reunió y deliberó el jurado de la XLII edición del Certamen Literario Brunca 2025, para el género de cuento en la modalidad regional, el cual, estuvo conformado por Cecilia López M, Daniel González, y Oscar E. Quirós. Luego de examinar minuciosamente las obras participantes, el jurado conviene en lo siguiente:

1. Otorgar el PRIMER LUGAR a la obra titulada “La Coneja”, presentada bajo el seudónimo de Eva Vargas. Se considera que este cuento destaca por su manejo equilibrado de las figuras literarias, la originalidad de su propuesta narrativa y una resolución coherente con la estructura dramática planteada. Asimismo, mantiene una notable consistencia de estilo y logra un efecto estético integral que refuerza su calidad literaria.

2. Se aclara que, al no haberse alcanzado un consenso respecto a cuál cuento debía otorgársele la MENCIÓN

HONORÍFICA, se declara dicho reconocimiento como desierto.

Esta acta se encuentra validada por las firmas de todos los miembros del jurado o, en caso de no ser posible el registro de todas ellas, por la firma de al menos un miembro, siempre y cuando el envío del documento se haga también a los miembros no firmantes.

Concluida la labor encomendada por la Sede Regional Brunca de la Universidad Nacional, cerramos esta acta y firmamos:

Cecilia López M. / Daniel González / Oscar E. Quirós

Primer lugar

Nombre: Hillary Badilla Gómez

La Coneja

La Coneja

Al sitio donde aún hoy descansa la gran sierpe, arañas tejen cortinas y los árboles más sabios mesen el cielo. Allí llegaron a vivir un par de hermanos como cualquier otro. Ambos venían de la frontera con la intención de poner un negocio y poder sostener a sus familias. Como muchos en esa época, perseguían el flujo de trabajadores asalariados, porque de ahí salían las ventas. Depositaron la confianza el uno en el otro al salir. Eran jóvenes y estaban llenos de esperanza, según dicta la costumbre.

El mayor, Adolfo, era encantador y aguerrido, se encargó de convencer a su hermana, Estrellita, de viajar con él. Ella poseía perspicacia y decisión, lo que calzaba perfectamente con el nuevo proyecto en el que se enrumbaron. Provenían de un linaje que, de tanto tropiezo en la agricultura, se terminó volcando por el comercio. Eran solo dos hermanos de diez. Ahí andaban probando suerte con sus destinos hasta que se instalaron en una cantina de antaño que, con ellos al mando, no duró mucho en volver abrir sus puertas.

No hay mucha información al respecto, pero sí se sabe que estos hechos sucedieron cuando empezaban a correr los años ochenta. Para este entonces, el pueblo de Palmar ya

había pasado su período de esplendor, el tren había terminado su función y los campos de banano permanecían en un silencio peor que el abandono. Las fachadas de los bares y almacenes seguían siendo como la de los antiguos comisariatos: amplias casas de madera sobre pilares, cuyas habitaciones se organizaban en un segundo piso. La primera planta era siempre un espacio abierto, donde las tablas dejaban pasar el aire que poco o nada refrescaba la llanura.

En el caso de la cantina, este primer piso era donde se ubicaban la barra y la cocina. Ahí sonaban las canciones que los conjuntos luego imitarían en las pistas de baile. Mientras que, en la segunda planta, los hermanos establecieron sus dormitorios.

A pesar de que hay escasos datos sobre la fecha precisa de los acontecimientos, según los testimonios, todo comenzó un sábado en la mañana. Ese día, la Coneja se levantó y se alistó lo mejor que pudo. Cepilló su larga cabellera negra dejándola muy lisa y brillante. Se puso un vestido de raso rojo con los únicos zapatos que tenía para salir. Todo en ella era, en apariencia, sencillo, pero guardaba un misterio inexplicable. No se sabe si era una taimada ingenuidad o, por el contrario, una grave malicia la que inundaba su rostro. El deseo que cruzó su mente fue el de que no lloviera, pues en la tarde se iría a buscar a Adolfo para que la llevara a la disco

que había en Canoas, ya que sabía que mucha gente haría lo mismo y significaba que se iba a “poner bueno”.

Todos en el pueblo la conocían porque era una muchacha que siempre había estado trabajando, no sabían muy bien en qué, pero siempre llevaba y traía objetos de toda índole, como accesorios para las damas o frutas para los verduleros. Tenía, por ese entonces, unos diecisiete años y se sabía todo el zarandeo de la calle porque nunca tuvo padres, había sido criada por sus tíos y la indiferencia de los vecinos.

Indudablemente, sacar ese vestido la puso de buen humor, al verse al espejo se dio por satisfecha. Salió a dar una vuelta al mercado para hacer un par de cobros, así juntaría menudo para la escapada en la noche. No podía presentarse débil. Aunque aquel vestido no la ayudaba, no le era difícil intimidar a las personas. Su poder eran sus ojos y los reflejos azules de su pelo. Como nadie sabía sobre su origen, siempre la rodeaban los chismes sobre su apariencia, el más común era que fue el resultado de la cruce con un indio y otros decían que fue con un panameño del Darién, pero, hasta ahora, nadie supo si eso era verdad o solo una fantasía local. Todo este velo de historias tergiversadas: la propia personalidad temeraria de la Coneja y la desconfianza de una gente que ve venir e irse a tanta otra, la hicieron protagonista de lo que aquí se cuenta.

Mientras la Coneja caminaba hacia el centro del pueblo, el ánimo con el que salió iba decayendo. Recordó que la última vez que vio a Adolfo se puso muy bravo con ella porque no le gustaba el reclamo de que fuera hombre de una sola mujer. Él ya tenía un hijo que vivía en Chiriquí, ¿para qué más o para qué una esposa? Es cierto, ella lo conoció así de mujeriego y testarudo. No obstante, la Coneja no quería dejar pasar la conversación y como pudo lo convenció de estar con ella una vez en la cama e hizo todo lo posible para que sintiera las tripas cada vez que la pensara. En verdad lo codiciaba, quizá por el espíritu aventurero que inspiraba y que creía iba perfecto con el de ella o porque necesitaba ser ella y no las demás la que recibieran su atención.

Llegó a cobrar y durante unas horas buscó a sus clientes, los que entre seriedad y sonrisas nerviosas la recibían con mirada baja, pero siempre con el afán de conocerla más. La entretenían con preguntas y ella solo acertaba a contestar con una cortesía adecuada. Su mente estaba en otro tema. En cualquier caso, sin darse cuenta ya estaba recogiendo los cincos en los puestos de comida y hasta estaba dispuesta a pelearse con Adolfo para que la llevase a la frontera.

Podríamos hacer grandes comparaciones entre la Coneja y Estrella, pero no es labor que quiera imponerle a los lectores. Estrella venía de un contexto diferente, no menos difícil,

pero diferente. Ya con veintialgo de años tenía a dos hijos que mantener, por eso estaba allí y nada más por eso, porque nunca pudo tomarle cariño a un lugar tan sofocante como aquel ni siquiera al lugar que la vio nacer. Estrellita se encontraba alistando su maleta: una mudada para el baile, otra para visitar a su mamá y sus hijos, además de todo lo que llevaba entre comida y juguetes. También poseía el carisma de su hermano en una versión menos interesada. La vida le había enseñado a ser práctica y a dejar de lado el pensamiento de buscar el esposo perfecto, a golpes se había defendido ya y no quería tener que cuidar a nadie más que a sus propios hijos.

Se hallaba sumergida en la cuenta de sus ahorros, pensando en lo que tendría que hacer apenas llegara a la frontera y cuánto podía gastar en la salida de ese día, cuando llegó su hermano. Estrellita dejó caer la cabeza hacía atrás para asomarse por la cortina de su habitación. Adolfo traía del brazo a una mujer joven a la que ella no había visto, aunque no era nada raro que aquello sucediera.

—Estrella, ahorita, dentro de un rato, me comienzo a alistar. Me topé a don Cipriano y me dijo que nos puede hacer un rai hasta la frontera —le dijo, a modo de saludo, Adolfo.

—Mmm... —suspiró ella, con tono de incredulidad—. Qué raro. Si ya sabía que íbamos para allá desde la semana pasada.

De manera tan repentina empezó la conversación y así mismo se acabó. Adolfo entró, entonces, en su habitación. Su hermana, al cerrar el maletín, finiquitó su pensamiento desordenado y se fue a bañar para comenzar con el complejo ritual de alistarse para salir. Así como la Coneja, se peinó su cabello crespo y se puso el vestido más bonito que poseía, se colocó unas sandalias de cuero y tacón, como también unos grandes pendientes dorados. Estrella siempre estuvo orgullosa de sus habilidades con el maquillaje, me contó que el delineador negro de ojos era su principal distinción y aunque casi nadie lo usaba en esa época, ella lo llevaba como un símbolo de sabiduría, pues en las películas la reina Cleopatra lo usaba. Aunque no tenía un trono, quería reinar sobre su futuro. Al mismo tiempo que intentaba domar su melena, comenzó a recordar a la Coneja. Casi siempre que la veía con su hermano andaba una risita que le hería los oídos o le hacía cara de víbora asustada.

Sin querer, Estrellita dirigió la memoria hacia su abuela quien, principalmente, le había enseñado que la maldad a veces recorre el corazón de las personas sin que por fuera medie más que el deseo de alguien por destruir. Se acordó de que cuando estaba pequeña había encontrado a su propia hermana guardando el pelo de la abuelita mientras la peinaba, después de muchos años pudo saber que era un

objeto preciado para las personas que hacían “trabajos”. Así que ella misma ató cabos y cargó con la culpa de nunca hablar de las desgracias de “mamita”, se sentía responsable por cualquier maleficio que le pudo haber caído encima. Se asustó y se detuvo en seco para regañarse por rebobinar hasta el abandono de su abuelo, además de la eventual caída económica de sus padres. Toda esa era una historia de charlatanes y maldad que por alguna razón encontraba enlazada en su mente con las actitudes de la Coneja.

Sin mucha prisa bajó a la primera planta, iba a servirse algo para comer y ver las noticias de mediodía. Había terminado de lavar los trastes con parsimonia, cuando vio bajar a su hermano por las escaleras. Este traía la frente aperlada con gotas de sudor, el cuello de la camisa hacía más evidente la palidez de su piel. Si no hubiera sido porque ella no creía que los muertos se podían levantar, hubiese jurado que Adolfo había visto alguno. De inmediato el corazón le comenzó a palpar de los nervios, sabía que no era nada bueno lo que venía a contarle.

—Estrellita... —le dijo Adolfo, apenas en un susurro.

—Deay, ¿qué le pasa? —ella habló fuerte para sonar segura.

—Vení acá. Tengo algo que preguntarte.

Los ojos de Adolfo, aun rasgados, se le miraban como platos. Estrellita se preocupó todavía más, pero se acercó

porque la curiosidad también era grande. Imaginó fantasmas, un robo, alguna señal de enfermedad o que le había pasado algo a su acompañante. Le pasó por la mente todo tipo de situaciones, aunque nunca la que le narraría en realidad.

Resulta que ese día había traído a la muchacha que estaba en su cuarto para probar suerte. Ya esta era la tercera vez que intentaba tener intimidad con alguien desde la última que estuvo con la Coneja... “y nada”, como diría él. El problema no radicaba en sus compañeras, sino que estaba dentro de sí. Eso lo reconocía y más le dolía. Era algo peor que un simple defecto físico. La vergüenza que sentía al estar desnudo y que su cuerpo no respondiera, era la peor humillación que jamás existió nunca. ¿Cómo se quitaba eso? ¿Por qué le estaba pasando? ¿Era culpa de la Coneja? Fueron muchas preguntas que le lanzó a su hermana, que seguía atónita y algo avergonzada ante lo que estaba escuchando.

—Le juro, Estrellita, ¡que a mí eso nunca me había pasado! —se quejó con una voz que parecía que se iba a romper en pedazos.

En un principio, Estrella pensó que sería alguna especie de chiste porque nadie anda ventilando su vida privada a la ligera. Luego reflexionó que conociendo a su hermano como lo hacía, jamás le sería una broma exponerse de

aquella manera. Menos en el estado en el que se encontraba. Así que ella le trajo un vaso de agua y lo intentó calmar, sin embargo, sí le preguntó más por la Coneja.

—No sé. Esa chiquilla es así medio loca. No me conversa mucho ‘e la casa o la familia. Lo que sé es que él tío es un viejo mañoso que sabe “secretos”.

Él se detuvo a evaluar lo que se movía por dentro y soltó: “¿Pensái que me hicieron un amarre?”. Al mismo tiempo que buscó en la mirada de Estrella alguna respuesta.

Ella se mantuvo callada un momento. Después le lanzó su veredicto.

—¿Le digo la verdad? Usté se anduvo buscando esto. Usté sabía que acá la gente no se anda con cuentos. Y sí... en la de menos le echaron alguna vaina.

Quedaron en silencio.

Él pensó que su hermana tenía razón. Inició en su mente una maquinación feroz, puesto que cada palabra y gesto de la Coneja del que tenía recuerdo se sumaba a la tesis de que no lo compartiría con nadie. “Esta chavala cree que puede jugar conmigo”, y pensó que se equivocaba garrafalmente, pues él no estaba dispuesto a que le mancharan su hombría de una forma tan repugnante. Subió a la habitación rápidamente y despachó su visita casi al mismo tiempo que se bañaba para salir a buscar a la Coneja.

Aún sentada en la mesa del bar, se encontraba Estrella meditando en lo que había ocurrido y no le encontraba sentido porque los amarres para ella significaban obsesión, no que se metieran con algo tan trivial como el desempeño en la cama. Así parecía la naturaleza de la vida misma ponerle su juicio en duda. Misterios que aparecen una y otra vez sin que haya mucha más explicación. Era como hacer y deshacer hilos para volver a tejer otros razonamientos.

Finalmente, la sobresaltó un portazo. Señal de la salida de Adolfo.

Comenzaba a llover. No era una lluvia cerrada, pero sí era de una gota que pesaba. Adolfo al salir del local se maldijo por no sacar el paraguas. Iba tan ensimismado que no reparó en el ruido que hacían las latas del techo, que parecía más el murmullo de una tropa de caballería. Razonó que podría ser que aquel asunto, al fin y al cabo, no fuera tan serio como él se lo planteaba. A lo mejor ni encontraría a la Coneja. Después de todo, esa noche era para divertirse, ir a tomar guaro y vacilar con la gente. Por eso, ni siquiera la lluvia lo detuvo. Fue eso o que quizá no quería obedecer su repertorio de presagios. Se lamió un colmillo a boca cerrada y abrió el paso.

Si el aguacero ya se aproximaba, el calor estaba en su hora más intensa. Adolfo anduvo un rato, revisando en el interior de otros bares, las pulperías, las casas de las vecinas. Todos la

habían visto en la mañana y le contaron del vestido. Confirmó que la Coneja podría estar en cualquier lugar. De rojo e igual ostentaba la habilidad de esconderse tan bien. Se detuvo en la esquina de la terminal con las manos en la cadera y la cabeza hacia el cielo para respirar mejor. El bochorno estaba pasando la factura, pues el aire estaba denso y tibio. No servía para calmar el nudo que traía pegado en la garganta.

Tan fácil fue verla cuando por fin se sentía mejor. Fue como hallarla sin buscarla realmente. Se sorprendió al notar el gesto tan risueño con el que se acercaba. Lucía demasiado joven e inocente. Algo como una lástima lo incomodó en el vientre y quiso taparse la cara, pero solamente consiguió respirar hondo una vez más. Lo peor fue el ardor que le penetró el pecho que, en un instante, le puso los pelos de punta. ¿Cómo iría a hablar de lo que pasaba?

No mucho tiempo después, Estrellita se encontraba en la salida de la barra, con un codo apoyado en la mesa. Mordeía su meñique sin darse cuenta. Los nervios la consumían desde el pecho. Así que, cuando don Cipriano tocó la puerta del bar, pegó un salto y abrió con temblores. —Chinita, su hermano se está agarrando con la Coneja en el puente — le había dicho el señor. Ella sintió el mundo venirse abajo. Don Cipriano intentó apaciguarla y fue como echarle gasolina al fuego. Salió disparada bajo el aguacero.

Corrió de prisa hacia el puente y se detuvo al ver dos figuras muy cerca de la baranda. Pudo sentir como las piernas le comenzaron a temblar y, en seguida, un escalofrío le caminó por la espalda y quedó allí. Lo que consiguió distinguir en ese momento no era mucho; sin embargo, sí escuchó gritos.

—Son ellos —se dijo a sí misma, como poniendo una brasa en la piel para despertar de un mal sueño.

Las siluetas se movían rápido y agresivas. Una empujaba a la otra, simulando una pelea que parecía fingida cada vez menos. Y ella aceleró más el paso hasta que estuvo en frente de quienes temía.

Un león y su presa asida por el cuello. Esta tenía unos enormes ojos grandes y llorosos. El pelo enmarañado entre las garras. Las respiraciones entrecortadas. Ya no podía hablar. En ese instante, se escuchó algo como un silbido. Todo, absolutamente todo, permaneció en silencio. Una brisa inundó el monte de la ronda, como susurrando una calamidad. En la mente de Estrellita cada sospecha empezaba a tomar forma. Su hermano seguía moviéndose; al parecer, ya la había soltado del cuello y la Coneja estuvo de pie, pero poco después cayó contra el concreto.

Estrella no escuchó nada, ella jura que los árboles dejaron de moverse y que, con la luz de la luna, vio cómo el agua chocolate del río grande se detuvo. Después del silbido lo

que llegaba a sus oídos era el rugir de sus propios latidos, hasta sintió que empezaban a dormírsele las extremidades. Observó a su hermano seguir moviendo los labios en lo que parecería un discurso sin sentido dentro de un escándalo de completa amargura. Fue tan surreal como una pesadilla. Tuvo la impresión de que tanto Adolfo como la Coneja eran solo títeres. En la vida no pasaban esas cosas, ¿o sí?

En ocasiones, la oscuridad llega a lugares que creemos imposibles. Así, sin preámbulos, la suerte quiso que Estrella escuchara un: “¡La voy a matar!”. Los meandros del río gritaron en las montañas. Montones de aullidos, quejas y un burbujeo crecían a medida que el miedo arañaba con garras las piedras enormes acurrucadas en los lechos de barro. El ruido le llegó de golpe. En efecto, estaba pasando que su hermano, e imaginó que ella por extensión, estaban por matar a la Coneja.

Como un rayo, Adolfo cogió de los tobillos a la Coneja y la alzó sobre la baranda casi sin esfuerzo. A él las gotas de lluvia le bajaban por la cara, una vena se le resaltaba en el cuello. Empezó a sacudirla mientras le exigía que le dijera qué había hecho con él. Aunque estaba furioso, la decisión se asomaba serena y absoluta en sus ojos. Estrellita lo conocía, así que se movió con la intención de detenerlo, pero ya era tarde. Tenía a la muchacha colgando de cabeza, nada más que sobre el Terraba. Si él la soltaba, era seguro que

moriría. Si no era la caída, sería la crecida la que la hundiría en las profundidades del río, dejando su cuerpo a la merced de los lagartos. Sin duda, no cabía otro resultado.

No era solo que Estrellita tuviera miedo de ver a su hermano preso, también sentía el terror de que sus sueños se destruyeran. Se figuró en su mente la cantina cerrando, ella volviendo sin plata a la casa. De solo pensar en su mamá y su abuela, otra vez, se le partía el alma. No serían capaces de soportar el peso de la desgracia. Una cosa era ser pobre, ¿pero criar un asesino? Aquella era una tragedia de la que no se recobrarían. Eso no tiene perdón de Dios, mucho menos del pueblo. De ahí que comenzara una especie de plegaria hacia su hermano, que estaba en un trance, como desquiciado. Le rogaba a él y rogaba el perdón de Dios, al mismo tiempo.

—Por favor, no lo haga.

Su vida estaba pendiendo del puente, lista para acabarse.

De pronto, un quejido. Se oyó un sonido gutural. No parecía una voz humana. Había sido la Coneja rompiendo su silencio. Suplicó que, por favor, la bajaran, que ella iba a contar lo que había hecho, que quitaría el embrujo con unas palabras. El ruedo del vestido sucio le rosaba la barbilla, la ropa interior expuesta, el cuello marcado y la cara roja porque la sangre se le había subido a la cabeza. El hecho de verla así, totalmente derrotada, humillada, herida, hizo que

Adolfo volviera a respirar. Se sorprendió de haber llegado tan lejos, estuvo a punto de echarla al agua. Una vez más quiso taparse la cara, sin embargo, la devolvió al suelo. La miró mientras ella lloraba y su hermana permanecía paralizada. Por fin sintió que el aguacero estaba amainando. Elevó la vista al cielo en busca de alguna estrella y no vio ninguna.

No quiso oír ninguna oración. Se pasó una mano por la frente, se dio la vuelta y se fue. En cambio, las dos mujeres permanecieron allí, unidas por la angustia. Después de una carrera, lo que queda es el cansancio.

Estrellita luego me contaría que la Coneja se levantó y caminó con dirección a su casa. No mediaron palabra.

Don Cipriano vio pasar primero a Adolfo, luego a la Coneja y, finalmente, a Estrella que venía hacia el carro, cabizbaja. Se montó y en el camino le contó con espanto lo que había sucedido. No había mucho para decir. Esos relatos es mejor guardarlos en los recuerdos porque más daño hacen cuando se convierten en palabras.

Esa noche, Estrellita se vistió con la ropa que le prestó una amiga. Salió a bailar porque nadie iba a perjudicarla, además, celebró que no había colapsado su vida entera en aquel puente. No obstante, dejó de trabajar con su hermano al poco tiempo y se mudó a Buenos Aires, donde se toparía con muchos más obstáculos. Huyó de ahí también. Huiría

de muchos lugares más. Estaba obligada viajar para siempre, dado que no hallaba paz en ningún sitio.

En cambio, Adolfo no quiso salir de la cantina y se avergonzó durante un tiempo de lo que hizo. Eso sí, el problema que tenía desapareció y poco a poco fue animándose más. Pero qué va, ya no se sentía bien estar en ese pueblo. Unos meses después de que Estrellita partiera, él también agarró sus tiliches y se fue a la frontera.

Él mismo fue quien me contó que, ese sábado, la Coneja no fue a su casa para encerrarse, sino que se cambió la muda y de alguna manera consiguió llegar a la frontera. Era una “chiquilla loca”. En fin, a mis pacientes lectores, les pido comprensión. Muy a mi pesar, no conseguí averiguar el verdadero nombre de la Coneja. Hoy nadie parece recordar cómo se llamaba ni su paradero. Ya no hacen un esfuerzo por recordarla, pues el solo traerla a la conciencia abre memorias prohibidas. Su figura se perdió entre ese maldito puente y la frontera. Fue castigada con el olvido, a pesar de que nunca vieron a alguien como ella.

Cuento Nacional

Acta de resolución de jurado

XLII Edición Certamen Literario Brunca 2025

Categoría: Cuento

Modalidad: Nacional

El día lunes 29 de septiembre de 2025 se deliberó el jurado de la XLII edición del Certamen Literario Brunca 2025, para el género de cuento en la modalidad nacional, el cual, estuvo conformado por: Daniel Figueroa Arias, Carlos Villalobos Villalobos y Adams Ruiz Ruiz. Luego de examinar minuciosamente las obras participantes, el jurado conviene en lo siguiente:

1. Otorgar el PRIMER LUGAR a la obra titulada “Los ensalmos y los días, y otros cuentos”, presentada bajo el seudónimo de G.G. Leitón. Propone historias bien hiladas, buscando desarrollar ideas novedosas dentro de lo presentado en el certamen con finales sorprendidos, con un dominio apropiado de la técnica narrativa.

Esta acta se encuentra validada por las firmas de todos los miembros del jurado o, en caso de no ser posible el registro de todas ellas, por la firma de al menos un miembro, siempre y cuando el envío del documento se haga también a los miembros no firmantes.

Concluida la labor encomendada por la Sede Regional Brunca de la Universidad Nacional, cerramos esta acta y firmamos:

Adams Ruiz Ruiz

Carlos Villalobos Villalobos

Daniel Figueroa Arias

Primer lugar

Nombre: Gómez Leitón Guadalupe

Los ensalmos y los días y otros cuentos

1

Circe no tiene con quién hablar

Si hay algo que puedo afirmar con toda certeza, es el hecho de que siempre he sido muy observador. Aún lo soy después de mucho tiempo. Más que un talento, se desarrolló como una afición. Supongo que cuando aún era hombre de carne, disfruté mucho mirarlo todo sentado.

A día de hoy, con mis tendencias panópticas más en boga que nunca, lo veo y lo escucho todo. Hoy ella se veía inquieta. Estaba sentada tras el escritorio de recepción con un libro abierto sobre la mesa. En realidad, no estaba leyendo. Tenía la vista clavada en la misma página desde hacía un buen rato. Su vieja mandíbula tensa. Se le escapó un sonoro resoplido. Esperaba. Llevaba días esperando. No fue hasta la mañana del día siguiente cuando por fin llegó alguien. Era un muchacho. Tenía un aire distraído muy propio de los jóvenes en estos tiempos. Repasó todo con la mirada antes de acercarse a ella en la recepción. La saludó con una sonrisa despreocupada y le preguntó si tenía algunos libros que necesitaba para un trabajo de investigación. Un joven estudiante.

Ella, con una sonrisa que iluminaba todo el lugar, se ofreció a guiarlo entre los estantes. Caminaba a paso lento con

el muchacho tras ella, tanteaba con las manos curtidas el lomo de los libros y arrugaba la frente con los lentes resbalándose por su tabique nasal en un intento de ver mejor.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó ella.

—Asdrúbal, ¿y usted?

—Alma.

—¿Y lleva mucho tiempo trabajando aquí, doña Alma?

—Unos cincuenta y tantos años, y contando —le respondió Alma.

—Debe ser genial trabajar entre tantos libros siempre.

—No te creas, muchacho, en estos tiempos casi nadie visita las bibliotecas, a excepción de algunos estudiantes como tú —Doña Alma sacudió la cabeza—. Es un tanto solitario, a veces aburre no tener con quien hablar.

El muchacho se compadeció de ella. La miró con ternura, como solo se podía mirar a una anciana regordeta y bajita, de cabellos encanecidos, que siempre olía a pan horneado y de cuyos ojos parecía brotar la miel. Él mismo se ofreció pasarse más seguido por aquí en lo que terminaba su investigación para graduarse. Doña Alma le acarició un hombro y le regaló una sonrisa cálida, le dijo que entonces lo esperaría con té recién hecho y galletas saladas. Hablarían de libros. Eso lo sabía.

Así empezó una rutina entre la viejita y el muchacho. Llegaba en las tardes, le pedía los libros que ocuparía y se tomarían la humeante taza de té. Y hablaban sobre libros. Mucho. Doña Alma parecía extasiada con lo brillante que era el muchacho. Un entusiasta de los clásicos rusos y de los filósofos alemanes. Temí por él, así como por los otros. No tardé en acostumbrarme a verlos y escucharlos desde mi lugar, en la estantería principal tras la recepción. Se convirtieron en uno de mis más grandes entretenimientos, lo disfrutaba como un pequeño dios autoexiliado, dedicado solo a la vida contemplativa y sin voz ni voto en el resto de la creación. Salvo por una excepción nadie sabía que yo seguía allí.

Éramos conscientes el uno del otro y sabía que ella había comenzado a tenerme miedo. No tardaría en intentar deshacerse de mí. Esperaba recuperar mi voz antes de que ella lo hiciera. Así podría advertir a los que vinieran. Estaba cansado de ver las cosas suceder de nuevo, y de nuevo, y de nuevo. No podía hacer nada. Estaba encerrado en mí mismo. Solo podía ver y escuchar.

Yo era una sombra suspendida en la nada, en un lugar donde no importaba estar vivo o muerto. Era verbo, era palabra, era logos, era un tapiz infinito hecho de palabras. Pero ella me encerró. Yo no tenía final hasta que el final llegara,

como dicta la historia de los hombres. Pero ella, la mujer que está en constante lucha contra la naturaleza, me condenó.

Asdrúbal empezó como todos. Poco a poco se fue haciendo corto en palabras. Con cada visita a la librería le costaba más hablar con la soltura que antes presumía. pero el té podía tomarlo bien. Cuando se lo tomaba, recuperaba la elocuencia. Doña Alma le dijo que ese era el secreto del té, que cada vez que se sintiera cansado, ella podría prepararle uno. Él le sonrió agradecido.

Yo ya no podía hacer nada por el muchacho. Había caído en las redes de Alma, como yo hace mucho tiempo. En esa última visita que Asdrúbal le hizo, la tarde se hizo noche y las puertas de la biblioteca se cerraron. Nada saldría y nada entraría. Sus monstruosos brebajes pronto hicieron efecto. El muchacho se atontó, luchó para que los ojos no se le cerraran y susurró a doña Alma que no se sentía bien.

—Así se sienten los hombres cuando dejan de ser hombres.

Él se levantó y trató de correr, pero no podía correr, no podía respirar y no podía hablar. Hacía tiempo que la carne quedó en segundo plano. Asdrúbal ahora solo era palabras, palabras y palabras. Su nueva naturaleza le permitiría hablar cuando lo abrieran, escuchar cuando lo abrieran y le susurraran palabras que irían tejidas a su tapiz estático, encerrado. Alma lo juntó del suelo. Limpió el polvo que las

solapas juntaron del piso. Lo abrió y sumergió la nariz en sus páginas. Inhaló con fuerza.

—Eres un texto de elevada calidad.

Y se lo llevó para una estantería lejana. Si pudiera sentir algo, habría sido frustración. Intenté imaginar que volvía a ser un algo de carne y dolor, pero ya ni eso podía tener. Porque yo ya no era alguien.

Como todos los lectores que caminaron alguna vez por aquí. Alma mentía. Los lectores siempre abundaron y siempre abundarán. La gente venía mucho a la biblioteca, pero ella se encargaba de desaparecerlos. Era una coleccionista peculiar y quisquillosa. Seleccionaba textos humanos excepcionales y les daba brebajes para que se acortaran y mudaran la carne por las palabras. Llevaba toda una vida engrosando una basta biblioteca humana.

Solo en algunas noches todos nos percatábamos que podías hablar de nuevo. Los murmullos se escuchaban como el agresivo caudal de un río. Los gritos de los hombres se mezclaban unos con otros, desesperados, con la esperanza de que alguien los arrancara de las palabras y los hiciera carne de nuevo.

Los más viejos, así como yo, dejaron de gritar y en su lugar comenzaron a componer lamentos hermosos, que entonaban como un coro de ancianos en ofrenda a un dios de hieles y a un pueblo ávido por escuchar.

De la luz a la sombra el hombre se arrojó,
una araña siniestra su trampa le tendió.
Guarda al desdichado en grieta oscura y honda,
palabras devora y con furia las ronda.
Vierte el veneno ardiente, la carne así refina,
cual regalo maldito forjado en Siracusa.
Encierra a muchos hombres, su verbo los acumula,
para azotarlos todos con la vida inmortal.

Solo los viejos pueden hablar entre ellos. Los jóvenes solo se escuchan a sí mismos. Yo los escucho a todos, los veo a todos, pero nadie me escucha a mí. Alma me castigó. Cuando yo era un Asdrúbal ella era una joven muchacha, de pelo rojo indomable. Era una inexperta en sus oficios y casi logro escapar. Como arruiné sus rituales de inicio como señora de los venenos, me odia en lo profundo. Por eso ella me tiende con las páginas abiertas, en la estantería tras la recepción. Sabe que me duele ver hacia afuera, hacia la calle, la gente pasar. Se regodea de mi jaula, después de todos estos años. Con la diferencia de que yo no envejecí. Me recuerda que dejé ser hombre y que le pertenezco. Me recuerda que solo vivo si alguien me abre y pasa la vista por mis palabras tejidas.

Pero me tiene miedo. Porque pronto morirá. No es inmortal como yo.

Rodrigo Astorga y lo que hay a través del cuaderno

Un día (quién sabe cuál) del mes de Julio de 1990, Rodrigo Astorga envuelto en una apestosa chaqueta y dando botes como un marinero en mar abierto, dejó caer la botella vacía y miró con extrañeza su cuaderno de notas abierto, boca abajo, sobre su escritorio. Se le escapó un hipido y avanzó hasta tomar el volumen forrado de cuero por el lomo para darle la vuelta. Podía continuar, borracho siempre trabajaba mejor. No, no podría, debería continuar escribiendo.

Se sentó, sacó su pluma estilográfica de su caja y rebuscó entre las hojas dónde había quedado. Ahora mismo estaba sumergido en una nueva novela.

Insatisfecho con lo que había leído últimamente, se propuso esculpir con las palabras un hombre que había nacido para sufrir. Quería verse a sí mismo reflejado en un personaje. Sería impactante. Ya podía imaginar la cara de la perra de su exnovia cuando lo leyera. Sería su venganza. Por haberlo echado al agua con la policía. En el fondo, Rodrigo sabía que Clara lo hizo porque estaba celosa de su talento como escritor. Ella jamás sería tan buena como él. Jamás haría lo que hacía él.

Miguel se encogió contra el colchón, húmedo por la gotera que no había conseguido tapar, y tiritó, no por el frío, porque hervía de calor. Las llagas que tenía por todo el cuerpo le ardían y le costaba respirar. Sería una de esas noches difíciles.

Rodrigo se detuvo, con la punta de la pluma humedeciendo el papel. Las náuseas lo hicieron echarse para adelante contra el escritorio, cabizbajo. Se puso una mano en la boca, pero sus intentos por no devolver las cantidades industriales de alcohol ingeridas fueron inútiles. Se levantó de un brinco que hizo caer la silla y trató de llegar al baño como pudo.

Lo expulsó todo con lágrimas en los ojos, como si fuera un mal que poseía conciencia y que habitaba su interior como un parásito. Furtivamente regresó al escritorio, como si la sola vista del baño pudiera evocar el vómito de nuevo. Se inclinó sobre el cuaderno.

Lejos de encontrar sus garabatos, encontró imágenes. Un desorden de colores y pinceladas lúgubres. Como el cuadro de algún pintor romántico, de la esquina superior izquierda caían gotas de agua que impactaban contra una cabellera oscura y revuelta. Había paredes con la pintura descascarada y grietas que ascendían hacia el techo. Un colchón adosado al lateral izquierdo y pilas de porquería se situaban en torno. Supuso que la bola bajo la cobija hedionda era una persona.

Astorga soltó una risotada al verlo. El hombrecillo encogido se veía patético ahí. Podía verlo desde arriba, como si el cuaderno fuera una ventana, como un dios omnipotente. Giró la pluma entre sus dedos y escribió al pie del cuadro.

Poco quedaba de aquel intelectual fanático de la mitología india. Todo su cuerpo se había revelado en contra de él. El dolor habitaba en los resquicios más recónditos. Se alojaba en sus huesos. Subía, como en aquellos instantes donde la tormenta amenazaba con engullirlo junto al inmundo agujero en el que vivía, hacia su cabeza. Para torturarlo. Alguien le quebraba el cráneo desde adentro.

El hombre del cuaderno se tomó la cabeza entre las manos y gritó hasta desgarrarse la garganta. Rodrigo contempló con gracia la manera en que su creación se retorció en el colchón. Las cobijas se le enredaron en las piernas y se acostó boca arriba, con los cabellos pegados en la frente. Abrió los ojos y miró hacia arriba. Astorga sonrió.

—Las cosas son así porque yo quiero, Miguel —le habló al hombre del cuaderno—, el dolor purifica.

El hombre se encogió como si lo hubiera escuchado.

Cerró el cuaderno de un golpe.

La noche siguiente, su llegada a la casa se dio en condiciones similares, con la excepción de que la vecina lo esperaba en la puerta para llamarle la atención por el ruido que

había hecho ayer en la noche. Escuchó solo una pequeña parte de todo lo que cacareó y se encerró en su casa.

Antes de dirigirse a su escritorio sacó una cerveza del refrigerador, la destapó con el borde del mueble y se sentó. Tomó la pluma y abrió el cuaderno. El cuadro de la noche anterior no estaba.

Palabras, palabras, palabras...

Solo eso había.

Le dio un trago a la cerveza y garabateó a toda prisa, con movimientos que rozaban lo maniático.

Esa noche el dolor lo asedió en las rodillas, como si alguien hubiera tomado un mazo y se las hubiera roto a golpes. Por eso antes, cuando aún podía caminar, lo hacía renqueando, con el pie derecho atrasado. No podía respirar. El pecho se le agitaba con rapidez, como el de un conejillo en las fauces de un coyote.

Rodrigo logró ver las imágenes de nuevo. El hombrecillo del cuaderno se encogió como un gusano, con las manos en las rodillas. Esta vez lloraba. Escuchó su voz por primera vez.

Mamá.

Ayuda.

No.

Cansado.

Astorga arrugó la nariz. Cualquier hombre que llore por su mamá no merece ser llamado hombre. Eso pensó. Ningún hombre escrito por él debería hablar así, con la vocecilla chirriante.

—Cállese, hombre —rezongó Rodrigo.

La siguiente noche fue lo mismo. Rodrigo hasta el culo. Caminó por la noche hasta su casa. La vecina lo espío por la ventana, seguro para ver qué podía usar de él para despellejar. Se encerró. Abrió una botella de cerveza. Caminó hacia su escritorio. Tomó asiento. Agarró la pluma. Abrió el cuaderno. Escribiría. Mucho. Se divertiría con Miguel hasta el hartazgo.

Estaba ansioso por garabatear el primer párrafo, para abrir el cuadro.

Detente.

Abrió el cuaderno al revés, empezando por el final. Detente estaba escrito con una letra que no era suya, en grande, podría decirse que era más una serie de fuertes rayones conectados unos por otros de los extremos como los arañazos de una bestia. Pasó la primera hoja.

Mí.

Pasó la segunda hoja.

De.

Pasó la tercera hoja.

Apiádate.

Pasó la cuarta hoja.

Por favor.

Pasó la quinta hoja.

Odio.

Pasó la sexta hoja.

Palabras. Palabras. Palabras. Palabras.

Pasó la séptima hoja.

Arma.

Pasó la octava hoja.

Nada más. La escritura extraña que ocupaba toda una página con una palabra y su propio texto no alcanzaron a encontrarse en medio.

Regresó al párrafo que estaba escribiendo.

Para aquella jornada, Miguel llevaba casi cuatro días de eterno insomnio. Ya ni podía arrastrarse. Se había meado encima.

Esperó que la imagen invadiera la página del cuaderno. Pero cuando lo hizo, Miguel no se encogió como siempre. Estaba hecho una bolita inerte bajo la manta.

Aquello lo inquietó.

¿Habría muerto? Esperaba que no. Secretamente le había agarrado cariño. Se convirtió en una rutina que con el paso del tiempo añoraba más y más, como un empuje del

universo con la nada, como Dios con sus creaciones, como una madre con su hijo, como un poeta con sus poemas.

¿Estaría Rodrigo en plena facultad de poder decirse a sí mismo loco si aceptaba en su fuero más interno que amaba a Miguel? Era maravilloso. Se enorgullecía de él. Lo esculpió con su pluma e hizo de él el hombre perfecto. ¿Qué se había hecho el hombre más perfecto jamás esculpido por las palabras? ¿Dónde estaba?

Astorga se reclinó contra el respaldar de su silla y suspiró con aflicción.

En el creciente silencio, un ruido emergió. Primero un golpe fuerte y luego otro, con algunos segundos de retraso. Rodrigo giró la cabeza hacia la derecha, con dirección a la entrada a la cocina. Estaba parado bajo el umbral. Empapado de pies a cabeza y con su desgarbado porte sumido en un temblor. El pelo negro, húmedo, le brillaba a la luz del bombillo que colgaba como un péndulo del techo, sostenido por un raquíptico cable.

El conejillo, con los ojos vidriosos y el pecho agitado, alzó el arma y disparó. Rodrigo se recostó sobre su cuaderno abierto, como Shiva, el de los tres ojos. Y toda la vida, toda la sabiduría que brotó de su frente, chorreó por las páginas, el escritorio y goteó en el suelo.

3

Los ensalmos y los días

Sé que ya es tiempo. Vigilo los alrededores como en los últimos años. Alzo el hocico y olfateo en busca de intrusos. El viento ya no me trae las cosas como antes. Ya casi no huelo, pero sé que hay algún coyote por ahí. Los conejos dejaron de aparecer desde que el amo los caza con esa boca gris y larga que escupe pequeñas bocanadas de fuego.

Es de mañana. Ayer llovió. Hoy está fresco. Me encuentro con mis tres hijos, ya todos crecidos. Cuando los veo, me veo a mí cuando el amo me recogió.

Soy de una madre ya entrada en años, como me pasó a mí. Soy de una camada de seis. Soy la última en ser llevada, cuando nos separan a mis hermanos y a mí de mi madre. Crezco en los dominios del amo. Él me enseña a cuidar a los animales. A las cuatro cabras, a los cerdos y a las gallinas, pero no solo yo estoy para cuidar. Tengo compañeros más grandes y fuertes que yo, pero menos prudentes. Mis sentidos agudos me hacen efectiva. Entre toda la cuadrilla de mi amo yo soy la más respetada, tanto por mis compañeros como por él. Los años pasan y mis compañeros me van dejando hasta que quedo sola.

La vida pasa entre juegos, cacerías y tardes echada a los pies del amo. Como sé que ya es tiempo, preparo a mis hijos para que lo cuiden bien. Deben ser buenos en su trabajo. A Pinto le digo que no se distraiga persiguiendo carros o mordiendo los tobillos de los motociclistas. A Tino le digo que deje de hacer hoyos en la tierra, el amo se puede enojar. A Pacho le digo que no sea tan duro, ser bueno también implica descansar.

Mis muchachos son buenos e inteligentes, lo captan todo muy bien.

Tomo los juguetes que el amo me obsequia. Los llevo conmigo a algunos lugares en los dominios del amo. Quiero, a pesar de haberme ido, seguir presente, para hacer mi trabajo desde otro lugar. Corro al manzano y dejo el primer juguete al pie del árbol, donde el amo, cuando yo era más pequeña, se sentaba conmigo a verlo todo durante los días de verano.

Otro lo llevo bajo el piso de la casa. Me gusta echarme siestas ahí. El amo lo sabe. Cuando su esposa cocina algún animal siempre agarra un pedazo de carne y me busca ahí para darme el premio.

Otro lo llevo al corredor, bajo la mecedora de la señora del amo. Ella me da paz. Es como una araña. Se la pasa haciendo cosas con hilo y agujas ahí sentada todas las tardes.

El último lo llevo a los camastros de mis muchachos. Lo dejo en una esquina. Creo que ya dejé de oler. Estoy cansada. Mi cuerpo tiembla, pero no siento dolor. Salgo de la casa y ruego a quien hizo todo, al amo, a la señora del amo, a mis muchachos, a mí, al sol, la tierra, los árboles, el viento, que me deje estar presente aun cuando me vaya, que me los cuide a todos. Tengo que trabajar aún. El amo me necesita. Dice que soy buena. Cuando está muy feliz me acaricia mucho y dice que soy la mejor. Me hace feliz escuchar su voz.

Regreso al manzano. Quiero descansar ahí. Me cuesta caminar cada vez más. Cuando llego me dejo caer. Me arrojado como si hiciera mucho frío, a pesar de que es medio día y el cielo está azul. El amo me busca, lo oigo llamarme, pero ya no tengo fuerzas. No puedo moverme ya. Mis muchachos serán mejores que yo. El amo me sigue llamando. Cada vez alza más la voz. Pero sé que es tiempo.

La Upia

Hay una vieja leyenda que rueda siempre entre los más viejos de mi pueblo. Incluso mis abuelos la cuentan después de los almuerzos los domingos, hablan siempre de lo que le pasaba al incauto antes, de las consecuencias de primero no ser buen cristiano; segundo, de no tener cuidado y andar pajareando siempre.

Mi abuelo cuenta que su abuelo fue uno de los que vivió para contar que se encontró una vez con la Upia. Eran otros tiempos. Los pueblos no pasaban de los cien habitantes y todos eran gente sencilla que vivía de la tierra. La vida era larga y tranquila, pero ello no significaba que no sucedieran cosas raras. Los pueblillos en sí mismos eran raros y más si colindaban con comunidades indígenas.

Don Dago, que en paz descansa, era el abuelo de mi abuelo. En este punto de la historia era un muchacho que no pasaría los dieciocho años. Todas las madrugadas se iba para la milpa con el machete asido al cinto, el sombrero bien puesto y descalzo. Como llovía tanto, los talones se le abrían y dolía mucho. Su mamá esperaba que pronto alcanzara para comprarle por fin su primer par de zapatos.

En el camino se topaba con sus compañeros, se saludaban con una palmada en el hombro y hablaban de sus esposas, novias, enamoradas y los que no tenían ninguna hablaban de la muchacha más guapa a la que planeaban cortejar, pero esa mañana el ambiente estaba pesado. Ñato, uno de los compañeros más torteros y risueños, estaba serio. Marcial, uno que siempre tenía sueño, estaba despierto, con los ojos pelados como una lechuza. Dago preguntó qué los tenía tan raros.

—Beto Burro, Dago —dijo Ñato—, su señora lo encontró en la parte de atrás de la casa con un tiro en la cabeza.

—Dicen que se mató, porque lo encontraron con la escopeta en la mano, pero todos sabemos que Betillo jamás haría algo así —agregó Marcial.

Mi abuelo dijo que a Dago eso lo impactó demasiado, porque Beto Burro (el apodo “Burro” era porque esa familia siempre tuvo burros) era calidad de persona. Era muy amoroso con su esposa y siempre asistía a misa los Domingos. Y como amigo, ¡uf!, siempre estuvo para todos. Eran siempre ellos, el grupo de cinco: Dago, Ñato, Marcial, Beto y Fidel, que, hablando del último, llegó corriendo hacia ellos justo en la encrucijada, donde siempre lo recogían.

—¡Muchachos! —les gritó—, ¡pasó algo con Betillo!

—Ya sabemos, Fidel.

—¿Pero no se mató! Hablé con su señora hace poquito, dijo que lo mataron y el desgraciado que lo hizo quiso cubrirlo.

—¿Y cómo estás tan seguro? —preguntó Dago.

—¿Eh?

—¿Cómo están tan seguros de que en realidad Beto no se mató?

—Manito, pero, ¿cómo vas a decir eso?

—Es que Beto habló conmigo hace poco.

—¿Y de qué?

—No puedo decir, me dijo que no le dijera a nadie.

El resto de la pandilla se enojó con él. Fidel si al caso medio le dijo que ese día era el funeral y que era en la tarde.

Dago fue con su mamá. Sus amigos fueron con sus familias también. Marcial estaba con su papá y su hermana Graciela, una muchacha muy bonita que siempre estaba encerrada en la casa porque era sorda, había nacido así. Ñato estaba con su novia y Fidel estaba con su mamá también.

Al finalizar la ceremonia se acercó a darle el pésame a Martina, la esposa de Beto.

—Vos no crees que alguien lo mató, ¿verdad? Fidel me dijo.

—Sea como sea, que Dios nos guarde a Betillo en su reino. Va a estar en paz.

Todo el mundo estaba convencido de que Beto Burro se había suicidado, pero conforme el tiempo pasó, el caso de Beto empezó a extenderse en todo el pueblo. A eso me refería con lo de que los pueblos son raros en sí mismos. Era una epidemia de suicidios masculinos. Los hombres estaban muriendo, fueran viejos o muchachos. Aparecían fuera de su casa muertos. Podía ser un tiro, un golpe en la cabeza, un pañuelo amarrado al cuello, pero todos estaban fuera de sus casa, con las orejas y la nariz chorreando sangre.

La gente empezó a pensar que algo diabólico había. El sacerdote visitó hogares como nunca en su vida. Todos los hombres iban a misa, pedían bendición y se empezaron a confesar muy seguido. Las esposas, las madres, las hermanas y toda mujer en general estaban consternadas. Se preguntaban si había algo en la tierra, en el agua, si fue algún tipo de enojo de parte de ellas lo que estaba causando este castigo.

Dejaron de pensar que era alguna especie de expiación cuando las mujeres comenzaron a sufrir igual: se arrancaban el cabello y se ahorcaban con este. Los chiquitos pequeños también. Amanecían muertos en sus cunas o simplemente desaparecían. Si Nuestro Señor hubiera mandado al diablo a castigarlos, ¿por qué los niños, que no han cometido pecado, están sufriendo también?

Un día pasó un indito (así lo llamó mi abuelo) por el pueblo. Venía de largo, porque tenía amigos de otra comunidad que lo esperaban. Se llamaba Mékicha. Dicen que habló muy cordialmente con el padre y algunos campesinos. Era un hombre alto y corpulento, de cabello negro, lacio y muy largo, de rostro fuerte pero amable. Las señoras le llevaron comida para que se abasteciera el resto del viaje. Le contaron muy compungidas lo que pasaba en el pueblo. Mékicha pareció reconocer la historia.

—En el pueblo que está al lado de mi comunidad pasó algo similar, dicen que es la Upia que anda haciendo de las suyas.

Mékicha explicó que la Upia era un espíritu maligno. Vagaba aquí y allá cantando como un pájaro. Los que la escuchaban terminaban como hechizados, enloquecidos, se hacían daño a sí mismos o a las personas que tuvieran cerca. Le decían la Upia porque los que la alcanzaron a escuchar muy lejos sin caer en el hechizo fueron algunas mujeres de su comunidad y contaron que el canto era parecido a su nombre, como el chillido de una caña rota: “upia, upia, upia”.

La Upia se manifestó porque alguien profanó unos sepulcros sagrados del pueblo de Mékicha, que siempre se cavaban al pie de los árboles. Si alguien tomó artesanías indígenas sin permiso o alguna otra posesión,

debía devolverlas. Por respecto a los otros. El equilibrio del mundo funcionaba de esa manera.

Al escuchar todo eso, Fidel salió disparado hacia las casas de sus amigos.

—Yo voy a encontrar a la Upia —aseguró—, le voy a pegar unos machetazos para que nos deje en paz de una buena vez.

Ñato se unió. Dago, que no creía ni en la historia ni en el éxito de esa empresa, se unió también, más por vigilar al par de necios que por otra cosa. Marcial, la voz de la razón del grupo, quiso convencerlos de no ir al monte en medio de la noche. Era muy peligroso. Marcial no era consciente de que había dos cosas imparables en el mundo: el tiempo y la convicción del hombre.

Así, pasadas las diez de la noche, todos, incluido Marcial, fijaron rumbo al monte, atrás de la casa del finado Beto. Se internaron mucho. A las lámparas se les fue gastando el aceite poco a poco. Buscaron sin saber qué buscar. La luna brillaba en lo alto, su luz se filtraba por las hojas de los árboles. Dago no dijo nada en todo el camino, pero había comenzado a sentirse mal. Exactamente como Beto le había contado que se sintió días antes de morir. Si sigo así me voy a pegar un tiro en la cabeza, le había dicho, luego de contarle que la cabeza le ardía mucho, los huesos le pesaban, y veía borroso. Estaba intranquilo, como una yegua con los aullidos de los coyotes.

Caminaron unos tramos más y, entre el sonido de los grillos y el resto de animales, escucharon el silbido.

Upia, upia, upia.

Sintió que alguien le escarbaba dentro de la cabeza con un palo. Dago cayó al suelo de rodillas, con la cabeza en las manos.

Upia, upia, upia.

Marcial y Ñato cayeron también.

Upia, upia, upia.

Fidel sacó el machete y se acercó a sus amigos, con la cabeza ardiendo también. Marcial se llevó las manos al cuello y presionó con fuerza. Fidel como pudo trató de detenerlo. El canto de la Upia los estaba volviendo locos. Sonaba cada vez más cerca, más ensordecedor.

Cuando la Upia se les apareció, apenas pudieron verla. Era una cosa delgada y de piel blanca, encorvada como un perro en dos patas y manos largas que casi tocaban el piso. Era como una mujer sin pelo, pero muy flaca, con los ojos negros y grandotes. Pero si apenas la vieron, ¿cómo sabés que se veía así? Le pregunté a mi abuelo cuando me lo contó. Espérese, me dijo, déjeme seguir. La Upia, frente a ellos, cantaba con fuerza, como si quisiera reventarles la cabeza a todos.

Paró de cantar cuando algo se acercó caminando. Era una persona. Como habían dejado caer las lámparas, apenas y podían ver algo. Como la Upia dejó de cantar, el

dolor disminuyó un poco, Dago logró abrir los ojos en el momento justo en que vio a Graciela, la hermana de Marcial. Andaba caminando con un canasto guindando del brazo y cuando vio a la Upia se detuvo.

La criatura al verla comenzó a cantar de nuevo, pero a Graciela no le pasaba nada. La muchacha apenas y se inmutó. Destapó el canasto y metió la mano. Fue sacando, una a una, figuritas de barro que parecían muñecas. Las depositó en el suelo. La Upia calló de nuevo y contempló en silencio todo. Cuando Graciela acabó, la Upia soltó un último chillido y se desvaneció.

Quedé con tantas dudas por la historia que fui preguntando una por una. Mi abuelo me regañó de nuevo por la prisa. Las figuritas que tenía Graciela eran en realidad del papá de Marcial y ella. El viejo atolondrado, en un viaje que hizo de joven con sus amigos, había topado con un tesoro indígena. Fue uno de sus compañeros el que lo saqueó todo y lo guardó en un baúl igual al del papá de Marcial. Cuando iban cada uno para sus casas, se confundieron de baúles: el papá de Marcial agarró el del compañero y el compañero el del papá. Nunca se intercambiaron las cosas de nuevo porque jamás se volvieron a ver. La Upia que cuidaba esa fosa quedó anclada a las muñecas, que al final el papá de Marcial acabó enterrando con todo y baúl.

Graciela, como se la pasaba tanto en la casa, encontró el baúl. El canto de la Upia jamás le hizo efecto porque ella era sorda de nacimiento. Anduvo en ese monte infestado de cosas raras muchas veces, iba y venía sin miedo porque nunca oía nada. Ni Marcial ni el papá sabían eso, porque no dejaban de ser peligrosas las escapadas. La Upia, al notar que Graciela no parecía sufrir, acabó comunicándose con ella de otras formas. De esa manera Graciela supo que a lo que se refería eran las muñecas.

Los cuatro muchachos sobrevivieron regresaron junto a Graciela y ella, como pudo, les relató cómo supo lo que tenía que hacer. La Upia se lo dijo. Todo eso pasó porque el papá de Marcial andaba pajareando.

Arte Visual

Primer lugar

Karla Guadalupe Hidalgo Chinchilla

En mis pensamientos

(imagen de portada)

Contenido

Ganadores de I Concurso Regional	
Juvenil de Poesía y Cuento	5
Presentación.....	9
I Concurso Regional	
Juvenil de Poesía y Cuento	13
Poesía Infantil	15
Primer lugar	17
Mackensy Quesada Hernández (10 años)	
Mi Hermosa Comunidad	
Poesía Juvenil	21
Primer lugar	23
Kathleen Chenoa Valverde Vargas	
Tierra sin precio	
Cuento Infantil	27
Primer lugar	29
Celeste Daniela Dávila Núñez (9 años)	
Las costumbres del Doctor “Sana Sana”	
Cuento Juvenil	33
Primer lugar	35
María Nazareth Salazar Quirón (13 años)	
Mi comunidad y nuestras costumbres	
XLII Certamen	
Literario Brunca	41
Poesía Regional	43
Primer lugar	47
Se declara desierto	

Mención honorífica	49
Nombre: Kevin Aguilar Calvo	
El niño, el lápiz y la tinta	
Poesía Nacional	65
Primer lugar	71
Nombre: Hazell Arauz Zamora	
Memorias anfibias	
Mención honorífica	93
Nombre: Jorhan José Chaverri Hernández	
Alguna vez un niño	
Cuento Regional	113
Primer lugar	117
Nombre: Hillary Badilla Gómez	
La Coneja	
Cuento Nacional	135
Primer lugar	139
Nombre: Gómez Leitón Guadalupe	
Los ensalmos y los días y otros cuentos	
Arte Visual.....	167
Primer lugar	169
Karla Guadalupe Hidalgo Chinchilla	
En mis pensamientos	
(imagen de portada)	

